

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII

San José, Costa Rica 1936 Sábado 26 de Setiembre

Núm. 11

Año XVIII — No. 771

SUMARIO

Dos recados sobre Teresa de la Parra.....	Gabriela Mistral	Jane Addams y los dispensarios en los Estados Unidos.....	Ernesto Nelson
El problema español.....	Nota Editorial	Con los teorizantes de copete.....	Juan del Camino
13 Bandas y 48 Estrellas (y 4).....	Rafael Alberti	Declaración de simpatía a España de científicos e intelectua- les ingleses.....	William Berrien
Lope de Vega y el mar.....	Gregorio Marañón	Concurso literario.....	G. Laporte Soto
Federico García Lorca.....	Carlos Luís Sáenz	Hacia un arte vital.....	
Reseña de Libros.....	R. Brenes-Mesén		

Dos recados sobre Teresa de la Parra

Por GABRIELA MISTRAL

= Envío de la autora. — Lisboa, agosto de 1936 =

1^{ro}.

Primeros encuentros. — Teresa de la Parra nació y tuvo las infancias en ciudad y campo venezolanos; se educó en Francia donde vivió la mayor parte de su vida; padeció las posimerias de su dolencia en Suiza y se nos acaba de morir en tierra española, apagándose en manos cubanas después de una semana de agonía dulcísima.

Le conocimos dos partes y dos maneras, lo mismo que le recibimos dos formas de su arte. Y la segunda está tan próxima y era tan perfecta, que cuesta echarla atrás para traernos al seso la primera.

La conocimos allá por el 27 o el 28 en París, cuando acaba de ser premiada su novela "Ifigenia", y la vimos en salud plena y en eso que llaman los campesinos de Elqui "el punto" de cualquier materia: planta aromática, dulce criollo o sazón de edad. Tan hermosa era la venezolana que su belleza hacia olvidar su rango iterario, dejando a las gentes en el puro disfrute de una criatura lograda a toda maestría corporal. Mirándola se daba las gracias por ella al artesano o ángel de la raza.

La celebrada, la solicitada no era una mundana en el sentido espectacular de la palabra, aunque guardaba los adornos de mundanidad que a todos nos humanizan y que a la mujer le subrayan lo femenino. Ella habría podido decir con la linda espontaneidad de su carácter: —"Me satisface ser como soy, porque veo que causo alegría a los otros, dándomela también a mí misma".

Teresa de la Parra no contaba a los colegas azorados del éxito fulminante que fué "Ifigenia", su formación literaria, muy interesante por ciertas coincidencias de su caso con el de los mejores americanos. Al igual de Sarmiento, leyó sin orden en nuestra América, donde lo mejor y lo pésimo se entrecruzan en las lecturas del aprendiz, pero un instinto seguro la dejó pronto

con lo bueno; al igual de Juana de Ibarbourou, se encontró un día escribiendo, no versos sino prosa, desde una completa posesión de su oficio, como si nunca hubiese hecho otra cosa. No tuvo en sus comienzos ni maestros de la línea tal o cual, ni profesor ilustre a lo niño Bolívar. Y como a Rómulo Gallegos, la única ayuda que le contaremos será la que le dió la lengua hablada de Venezuela, limpia y vivaz, bebida por sus poros de niña precoz.

Su belleza de entonces estaba hecha de la esbeltez que llamaremos europea, acordándonos de la pesadez en que cae la mujer del Trópico, y residía sobre todo

en una mirada y un acento que eran dones mellizos y que a mí se me fundían en una sola cosa: ambas dulces y ambas regaladoras de quien las tuvo, desde la criada al académico francés. Y esta belleza se movía dentro de una gracia gozosa, de una gracia que llovía sobre los suyos y que como la luz le ayudaba a vivir anulando conflictos grandes y chicos. Aquellos que analizaban a "la pieza americana de París" con deseo de bajarla del superlativo, decían que sin ser sus facciones muy cabales, el conjunto resultaba óptimo. Pero así ocurre también en otras industrias de este mundo: las porciones fa-

llan en unos gramos de más o menos, pero danza sobre el conjunto una magia subida que se acaba por llamar sin regateos "la belleza". Así es como se arreglan para ser lindos en el paisaje, sin medidas de partenones corporales, el quetzal de los mayas y el venado de Yucatán. Del primero tenía el lujo natural; del otro la fineza mimosa.

Criolla. — Educada en el país donde la mujer ha creado el arte ardidoso de la conversación, en la Francia maestra del buen charlar, Teresa se había quedado, por una linda persistencia de su infancia, con una conversación criolla entera, de una criollez, eso sí, depurada y decantada, tal vez la misma en la que hablarían don Ricardo Palma o don Juan Montalvo.

En la ancha colonia sudamericana de París, compuesta de tres a cinco mil personas, el festín de la criollez lo servían por entonces, uno en su librería, la otra en su hotel, Teresa de la Parra y Ventura García Calderón. Y es que los dos venían de "buena sangre lingüística", de los excelentes terrenos raciales que se llaman Perú y Venezuela.

¿Qué ingredientes formaban la criollez de nuestra venezolana? Una sencillez fresca y sin gasto de pueblo niño; una linda efusión y llaneza en la convivencia; nuestro placer de conversar, que es un gozo de la expresión; nuestro apetito de calidad en la criatura, que no excluye la caridad hacia el individuo bajo; y es la escuela de nuestro paisaje que nos hace para toda la vida sensibles, por una sensualidad de la buena, al repertorio de las artes todas.

La dejó en París por el año treinta y dos, viviendo su deliciosa, su ancha fiesta de mujer que, por ingeniosa, había aprendido el arte de ser feliz con los medios que da el alma, y sólo después de ella la fortuna. La dejó rodeada de un corro mixto



Teresa de la Parra

(En 1924. De la primera edición de Ifigenia).

de adoradores y de letrados, que la celebraban sin engreirla, como a un regalo raro que les hubiera la orilla "salvaje", el continente que sólo de tarde en tarde ellos ven y estiman. Al irme a Italia, perdí con otras ventajas la de mi nutrimento americano en su frecuentación y en la de los García Calderón, Zaldumbide, Arguedas y Belaúnde, transeúntes normales de París. Admirándola mucho y queriéndola más, poco nos escribíamos, manteniéndonos siempre cogidas como de la mano, en una alianza de criaturas que sirven al dios secreto de la América, que andan la misma ruta y truecan de tarde en tarde los trances de gozo o de pena que da la extranjería.

Saudade. — Por ese tiempo aparecieron, en español y en francés, "Las Memorias de Mamá Blanca", relato de infancia marginal, acierto de un género no descubierto hasta entonces por nosotros y una maravilla de lengua donairoso, cuya serenidad sonriente ya estaba tomada de cierto clasicismo criollo español. La crítica de ojo sagaz dijo de este segundo libro la superioridad que tiene sobre *Ifigenia* en la dignidad del idioma y en la experiencia madura de la contadora. Buena parte de la crítica cursilona lamentó la tala del romanticismo cumplida por Teresa entre las dos obras, y habló de la decadencia de ella, precisamente en la hora mejor de su producción.

La imaginaria de la infancia, que Teresa había removido para vaciarla en las "Memorias", se le quedó hirviendo en tactos y vistas, y ella quiso volver al Trópico. Hizo el viaje peligroso de los regresos que, o es de un segundo enriquecimiento, o es de un desengaño disolvente.

Fué a Cuba, a Colombia y a Venezuela, en una jira que le devolvió las grecas borroneadas del paisaje, entregándole además a manos llenas el amor de los suyos, en una de las sabidas cornucopias sudamericanas cuyo exceso o deshace o tonifica.... Tampoco la ví a su regreso; pero una carta suya, tendida como las rutas de su Orinoco, me llevó hasta Italia su contento de la excursión larga y una especie de entrega nueva a lo americano, con la cual me daba todo gusto....

La dolencia. — Pocos meses después me dijo Gonzalo Zaldumbide, su padrino de letras y su estimador más lúcido, que Teresa había entrado en un Sanatorio. A mí, como a otros amigos nos costaba creer en que la tuberculosis pudiese amagar una vida que vimos tan placentera.

Ni ellos ni yo nos dimos por notificados del desastre que venía. Tan normal parece el bien en ciertas criaturas, y tan absurdo el derrumbe de un cuerpo noble, que yo retuve como "la única verdad verdadera" la Teresa de París, que en aquellos meses mismos la tisis majaba como una presa entregada, como la medusa que desbaratan en la duna el aire y el sol. Teresa de la Parra había dejado la llanura del Sena, que hirió de muerte a la hija de Meseta, por su cielo bajo, su niebla mala y su aire industrial, y ahora vivía en la montaña suiza, de la cual no se baja sino para consumir un acabamiento.

Yo no creí en la desventura, hasta que me la encontré, en 1935 en Cataluña. ¡Qué asombro tan triste el mío en el hotel de Barcelona, después de cinco años de ausencia! Había que aprenderse como un paisaje trocado la corporalidad de la preciosa criatura; había que recoger de un golpe el estrago no seguido poco a poco en las facciones del rostro querido, honra de nuestra raza mestiza. Y había que estar tranquila y sonriente delante de la muy sutil para que el espejo de mi cara no le devolviese su mudanza lamentable. La Teresa de antes, el venado rápido de nuestra sierra, andaba ahora lentamente; el jadeo se había aposentado en su garganta; su espalda se deformaba ligeramente; las canas acudidas le habían dado de un golpe edad madura, aunque le allegasen mayor dulzura todavía de la que siempre llevó aquél rostro que era piadoso además de bello. El derrumbe cumplía en su cara un curioso trabajo: aparecían los rasgos indios de la criolla, en los pómulos ahora ostensibles. — "Gabriela, ya soy indita para su gusto; ahora cualquiera me conoce, mirándome, la doble vertiente de sangres". Yo miraba la falsana

nuestra, la gala de mi raza, con una ternura deshecha y una tristeza indecible.

Pero todavía yo confiaba, viendo la misma y terca esperanza de su única y noble enfermedad, la cubana Lydia Cabrera, (1), que a la hora del desbande de las amistades, estaba con ella y quedaría a su lado hasta las postrimerías.

No se va un bien tan grande como la belleza, que a veces se llamaría sobrenatural, no abandona a ciertos privilegiados, sin que las reemplace alguna cosa fascinante como ella misma, que trae una fuerza igual. Esta contraparte es la que cuenta D'Annunzio en la agonía de Adolfo Bermond. ("Contemplación de la Muerte"). Y yo me he visto el fenómeno oculto sólo en el caso de la extraordinaria venezolana.

y 2^o.

Últimos moldes. — Nos nació en la montaña suiza la segunda Teresa de la Parra, que sus amigos de ésta y la otra orilla no conocerían, y que yo tuve bajo mis ojos, por diez meses, para consolación permanente de mi pesar y quien sabe si para volteadura de mí misma.

Teresa de la Parra buscaba ahora la vida sin sensualidad alguna, y lo hacía de un modo especial y secreto. — "Puede convenir el que me salve; pero pudiese también no tener eso ninguna importancia para los asuntos de mi alma".

El alma como la mira absoluta, se le había revelado en la montaña alpina hasta un punto que no se sabe decir, porque aquí damos nada menos que con el bulto de aire de la gracia.

(1) La admirable cuentista del negro cubano en: "Contes Nègres". Nouvelle Revue Française, París.

Teresa de la Parra hablaba de sucesos grandes y de menudencias caseras desde un centro o eje especial, y el tema serio o trivial no importaban: eran acento, actitud y dejo los que habían mudado. Daban gana de preguntarle qué experiencia había tenido en los días y las noches del sanatorio extranjero. Sus respuestas, a veces esquivadoras, a veces fiadas a mí, me las cuento entre las cosas sin precio que yo he alcanzado saber de lo inefable en este mundo, donde nada me importa como este género de noticias.

Lydia Cabrera podrá contar para los suyos esa industria callada y definitiva del trueque de la Teresa mujer de mundo en la Teresa gobernada por un manejo divino y sordo.

Entre pedazo y pedazo del pan y sorbo del café que le gustaba servirme de su mano, yo bajaba los ojos y lloraba a hurtadillas. Parecía una reina santa, Isabel de Hungría o Isabel de Portugal, ayudando a su cocinera torpeza o sirviendo a la mesa. Se tenía una punzada de intuición respecto de su secreto viendo estas y otras grandes humildades tuyas: quemaban de pronto por lo que había en ellas de otro orden, y yo recibíendolas, sentía alguna cosa como un calofrío de vergüenza.

Supo vivir como pocas la juventud en su rojez de fruto cabal, sin disminuciones miserables, pero siempre con un perfecto decoro; supo vivir su madurez amagada de un mal terrible, en un estoicismo exento de sequedad; y supo padecer su acabamiento, hincada ya en unas realidades del espíritu que bien veía "quien tuviese ojos para ver".

Grande y querida criatura, ayudarla parecía en ocasiones un privilegio ganado y en otras, un afán inútil. Ni servicio ni conversación religiosa, ni nada de

JOHN M. KEITH & Co., S.A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Planchas eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

nuestra medida parva le hacían falta a la que en dos años de la montaña trabajaron no sé qué fillos delgados de escoplo oculto.

La herramienta invisible que la labró en unos años de soledad alpina, yo no puedo llamarla con este o aquel nombre. Me basta saber que existe esa cuchilla devastadora o lengüetada y toque de fuego, porque vi y palpé su logro en esa criatura al alcance de mi mano.

Yo sabía lo que cuento de una manera vaga y sin embargo muy segura. Cuando ella llegaba a mi casa de Ciudad Lineal, yo la acomodaba en sillón o cama, dándole sobre la espalda, ahora gibada, y sobre las piernas frías, el zarape guatemalteco o mejicano, por allegarle cosas nuestras, creyendo, como el indio mago, que nos ayuda con su exhalación sólo aquello que es nuestro, que fué hecho o que viene de sitio o circunstancia de nuestro parentesco.

No puedo contar al curioso que lee, con la objetividad que él querría, la "via de Teresa", los santos dados de principios espirituales que corrían por sus manos. Es probable que no hubiese en todo ello ninguna novedad de doctrina, como no la hay en muchos cristianos o en todo cristiano al que de pronto le crece la luz sobre la cabeza y delante de los pasos. Cuanto sabía se le vuelve más aguzado y exigente; cuanto había recitado en regazo materno o en nave de iglesia, cobra súbitamente dentro de él una vivacidad grande: se le pone a vivir la cristiandad desde el pecho a los tuétanos y no ocurre nada más que eso, siendo eso un trueque del ser.

El señorío natural de Teresa, suelo en el que vivió siempre, se había vuelto una especie de cortesía ancha que ahora abrazaba pueblos, amigos, enemigos, paisajes y animales. Llegaba a la conciliación total que en los más se produce a los bordes de la muerte, pero que ella ejerció mucho tiempo antes; y no era la simpatía espectadora y más o menos estética de las almas delicadas que llegan hasta ahí por disciplinas lentas sino una iluminación vertical, un desgarrón de nuestras cortezas íntimas. Su entendimiento, que siempre quiso comprender para excusar, parecía ahora entender por un relámpago alumbrador, cada hecho, cada caso, y responder a lo visto con una acción inmediata de sus nuevos sentidos. Se habían rasgado sus ojos de mujer rica a la vista de la miseria del mundo y la afligía el hambre del pueblo castellano, último espectáculo de su vista. Le dolían en las potencias vivísimas las injusticias temerarias, y la última escritura suya que yo leí sería

una carta que quiso enviar a sus amigos bogotanos sobre cierto manifiesto de señores católicos en el que se decían tristes torpezas respecto de las actividades diplomáticas de Palma Guillén, cuyo cristianismo de diamante Teresa conocía tanto como yo. (No la dejé enviar su protesta asombrada porque no la envolviese también a ella la torpe disputa).

Antes le repugnaba, ahora la entristecía infinitamente el mal. Oía crujir el mundo del lado de Europa por culpa de la ceguera de los poderosos y de la cólera atolondrada de los hambreados. Y echaba sus ojos, juntos conmigo, hacia la América Latina en consulta ansiosa de nuestro "pasado mañana".

Me parecía Teresa en este punto de su vida criatura tan preciosa que yo le seguía los actos menudos ávidamente por no perderle nada. Como el dibujante japonés que quería atrapar a su modelo prócer desde el modo de comer hasta el de volver la cara, yo le seguía desde la mano que mondaba la naranía hasta su risa de niña por la criollada gruesa de su visitante llanero.

Despojo. — Todavía yo volteaba en mis vacaciones de Lisboa mi cinta de imágenes de esta segunda Teresa conocida; todavía me fiaba a la pericia o la vanidad del último médico, cuando el telegrama de la cubana fiel vino a notificarme del fracaso. El aviso llegó en un día de salud rota, consecuencia de una noche que estuve llena de esos tics de aire y luz que no alcanzan a señales y que vienen de alguna parte. No creo mucho a tales muecas, a veces embusteras, y siempre mancas. Si señales son, ¿por qué tan inseguras todas ellas? Y, si pueden venir, ¿por qué quedó el aire tan vacío de

ellas en otros trances iguales? — "Teresa vino, Teresa no vino. — Eran las horas de su agonía. — Era ya pasado el trance".

Como siempre me quedo sin comprender cabalmente. Pero lo que sí veo claro y me desconcierta es el que una criatura que atravesaba el meridiano mejor del alma para ayudarnos a los demás con lo que acaba de saber, se nos borre en esta hora preciosa, se nos invalide en el tiempo mismo de su aptitud ya consumada para socorrer nuestra confusión.

Al nacimiento de cada uno, el cuerpo y el alma nuestra firman con la Tierra un vago convenio, el uno dando la robustez de buen esclavo Esopo, la otra ofreciendo buen pozo que devolverá el jadeo en cántaras colmadas. El esclavo trabaja cuarenta años, recibiendo poca liberalidad de la linfa mañosa, hasta que un buen día su cubo acierta con una veta repentina. En este momento de la Navidad de su oficio de hombre y de aguador, precisamente en esta coyuntura, el esclavo cae rebanado por la urna del aire que le falta, lo ahoga y lo tumba. Parece un absurdo de alfarero que quiebra el torno; parece un atarantamiento de lamparero que no acordó bien el depósito bruto con el globo aéreo. Entonces sentimos los que vemos el descalabro, un desprestigio de la vida entera y de la nuestra por añadidura.

Así como era normalidad feliz comer con Teresa el melón y el pan Castilla, oyéndola alabar el bocado y la tajada solar; así como era acto dulce alargar el agua mejor a su boca reseca, se vuelven ahora desabrimiento completo y no sé que indecoro el comer, caminar y el alentar, después de su enajenamiento definitivo.

En el oficio o condena de escribir donde duelen las palabras por desabridas e incapaces, de pronto ellas mismas abren unos disparaderos de consolación. Dije: "enajenamiento". Casi es decir "traspaso", casi insinúa el préstamo ¿A quién y en qué clase de transacción? Yo le pregunté a ella, sabiendo que no me contestará, que esta vez ya no me vale para tener respuesta ni siquiera esa cortesía de ella, flor de su naturaleza, que yo llamaba "natural y sobrenatural".

Devolución y regreso. — El único daño real que yo debo a la española santiaguina que me hizo dejar los Madriles es la pérdida de los últimos días de Teresa de la Parra, a los cuales yo no pude asistir. Una tontería imperdonable tuvo la culpa de que yo no peinase para la sepultura, con Lydia Cabrera, aquella cabeza querida y de que no pudiese mi mano criolla, sobre la caja, la piedra y el suelo extranjeros que apretujaron y recibieron su forma.

En el nicho número 101 del Cementerio del Oeste, espera Teresa de la Parra su tránsito a la meseta de América que le dió la infancia maravillosa.

A Rómulo Gallegos, su hermano mayor en el relato de América, y a las mujeres de Venezuela, yo les hago el encargo de ir preparando esta vuelta que ella aprobará en donde esté y que le llevará mayor gozo a donde tenga gozo. Haya o no haya resurrección de la carne en "especies físicas", bueno es que cada cual responda al cuerno de llamada desde su célula natural y su yacija legítima, y las de Teresa se llaman tierra, limo y pedruscos de Venezuela.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

El problema español

= Nota editorial. Costa Rica y agosto del 36 =

Voy a hacer algunas observaciones acerca de lo que se llama el problema español. Este problema español nos interesa como americanos. También nos interesa desde el punto de vista de la humanidad. Cuando se dice que esta es una cuestión local de España se comete un error o varios errores. Hay cosas que no son locales de un pueblo, que son de naturaleza universal. Por ejemplo, puede haber sido algo puramente local de España el hecho de que el rey de España se hubiera casado con una dama inglesa. Eso no es sólo local, sino algo más, es indiferente. Puede ser local para Alemania que su fueren amanezca hoy o mañana enfermo. Pero a estas horas de cultura universal y de inquietudes universales, muchas preocupaciones y hechos de un pueblo interesan a todos los demás en forma más o menos indirecta. Es decir, hay problemas de la humanidad que se manifiestan con especial temperamento en unos pueblos o en otros, pero que son ansiedades de todos los demás. Una protesta de los trabajadores franceses es un interés universal. La presión a que están sujetas las masas populares en Italia o en Alemania es un interés universal. Una reorganización social en cualquier parte del mundo es un interés universal. Más justicia para unos hombres es justicia para todo el mundo. Problemas de higiene, problemas de facilidades en la vida, problemas de cultura, problemas de equilibrio económico son problemas universales. Particularmente España está profundamente integrada a la civilización que nosotros vivimos y no pueden sernos indiferentes los esfuerzos que el pueblo español hace por dignificar su vida, por salvar su alma, por reconstruir su destino nacional. Lo bueno que se conquiste en España repercute hacia las demás naciones y constituye precedentes, experiencias utilizables. De esta interrelación de hechos ha vivido siempre el mundo y se progresa porque una nación esclarecida da una voz de alarma que despierta a los demás pueblos.

En cuanto a nosotros, pueblos de América, no se nos venga con localismos españoles. España, no por tonterías históricas, sino por circunstancias presentes indiscutibles, forma parte esencial de nuestra comunidad continental. Ella es allá una prolongación de nuestro espíritu. Nosotros somos aquí los que damos la medida, en una continente libre, de las posibilidades de transformación de una gran raza. España no puede ver con indiferencia el proceso de nuestra conducta porque es también el proceso a que pueden ser sometidos sus grupos sociales. Por

eso los pueblos de América están vigilantes en cuanto a lo que en España sucede. Porque lo que allí se haga de definitivo, será lección fecunda para nosotros.

Y finalmente no digan los españoles de aquí, que se duelen del análisis que se hace de la actual situación de la península, que aquello sólo a españoles interesa. Problema del mundo es tanto que las naciones europeas han formado un consorcio temporal para orientar su propia conducta en frente de la crisis ibérica.

Ahora bien, ¿qué es lo que sucede en España? En España no sucede sino lo que debe suceder en todas partes del mundo. Donde quiera que haya la posibilidad de que se armen las masas trabajadoras pasará lo mismo que pasa en España: un duelo a muerte entre las masas trabajadoras y el pasado. Un duelo a muerte he dicho porque hay que dejarse de ilusiones: las masas trabajadoras saben apreciar la capacidad de conservación de ese pasado. Saben, por otra parte, que una victoria significa también sacrificio. Jamás se ha conquistado en el mundo un poco de mayor justicia sin un poco de ese sacrificio. Caerán muchos hombres: sobre su dolor y su muerte

alumbrará el resplandor de un nuevo triunfo. En esto consiste la grandeza épica de la lucha española: que el pueblo haya aceptado el desafío del ejército, sin vacilar y con la disposición de vencer, no importa cuánto haya de costar eso. Pero el pueblo español tiene conciencia clara de su empresa. Sabe que lucha por una España nueva; sabe lo que va a legar a sus hijos o a los hombres de las nuevas generaciones. Por eso nosotros estamos en esta hora con el pueblo español. También su gesto nos sirve. También sirve a la gran masa de españoles que viven aquí en América y que abandonaron su patria un día cualquiera no por simple gusto sino por necesidad, que provienen de las clases humildes todos ellos, que son parientes de los mismo que mueren en las trincheras sin vanagloriarse de lujos vanos ni de riquezas que defender. Ellos, los valientes, hacen una España para los españoles y para todos los hombres de la tierra.

Donde quiera que el pueblo se arme. Mientras no se arme triunfarán todos los fascismos. Mientras no se arme, sus ansias sólo son esperanzas. Mientras no se armen, reirán todos los reyes de la tierra, los reyes del poder y los reyes de la fortuna. Mientras no se armen

seguirán siendo oprimidos y explotados. Pero ay! cuando los pueblos de la tierra se armen. Y esto lo saben en Europa. Para evitar eso, los ejércitos asaltan el poder. Este es el otro aspecto de la lucha española. El ejército ha querido asaltar el poder ante la inminencia de una victoria popular plena. El triunfo del ejército hubiera sido fácil si las masas no hubieran tenido la oportunidad de armarse. Hubiera sido tan fácil como lo fué en Italia y como lo fué en Alemania. Pero el pueblo español no se dejó sorprender. En cuanto los militares se pronunciaron en los cuarteles, los obreros corrieron a las calles para defender sus derechos. Este momento lo conoce todo el mundo y es lo más hermoso de esta contienda. Contra la audacia militar se ha erguido la determinación de las masas trabajadoras. Y estas vencieron y han vencido. Porque el motín de los militares está prácticamente dominado. Costará un poco sacarlos de sus reducidos, pero saldrán de allí para la muerte o para el deshonor. España popular ha conquistado una victoria moral que espanta a los tiranos de Europa. Cuando los pueblos se armen, será el fin de todos los tiranos de Europa. Porque lo saben, se apresuraron a prestarle auxilio a los militares del motín. Con esto han podido dilatar la tragedia de los militares amotinados, pero no podrán conjurar la victoria de las masas populares. Esto lo dicen elocuentemente los sucesos. Las tropas obreras van encerrando poco a poco a los militares en un círculo de hierro y fuego. En los últimos días no se registran sino derrotas para los amotinados, y cuando logran darle cima a un alarde como el de Irún, se les enfria el alma ante la decisión de las masas, y cuando toman una plaza lo que encuentran allí es un desierto. Victorias como Irún significan para los militares rebeldes abrirse su propia sepultura. Derrotas como la de Irún para las masas populares españolas significan un reto definitivo. Esta lucha, a pesar de los alardes de los militares, no se resolverá por cobardías ni por debilidades de las masas. Su fe firme y segura en una victoria será el quebranto de las audacias militares. No nos sorprendan situaciones más o menos dudosas del momento, porque la guerra está siempre llena de incidencias variadas. Lo que nos llenaría de desencanto fuera que las masas populares abandonaran la lucha por temor a perder su tranquilidad. Pero este ejemplo no lo dará el hombre nuevo de España. Al contrario: cada revés sufrido es un acicate; cada mediocre victoria de los militares despierta nuevos bríos en los



Si esto no existiese...

Madera de Laporte

obieros; cada nueva infamia de los grandes generales, hace un llamado al verdadero corazón de España. Las madres ven morir a sus hijos y levantan las manos airadas al cielo. Vencer o morir es la consigna.

Y no hay por qué desesperarse: cuando un pueblo se arma jamás se le vence. Cuando los pueblos se armaron en otra época cayeron los reyes, se conquistaron los derechos del hombre; se obtuvo mayor libertad y mayor justicia, desapareció la servidumbre, desaparecieron los privilegios de las antiguas castas aristocráticas, se consiguió libertar al Estado de la influencia nefasta de la iglesia política; se fundaron las repúblicas. Los representantes del pasado ahora creen que la revolución social es imposible o al menos que haya que detenerla. Nada de eso, si la revolución social significa un poco más de dignidad para el ser humano, si significa un poco más de justicia para el pobre; si significa una organización más racional del trabajo social, los pueblos conquistarán todo eso con las armas en la mano en aquellos pueblos en donde el pasado se aferra a sus errores, a sus privilegios, o a sus infamias. Porque esta es buena lección para las naciones. No se duerman las naciones sobre la confianza de sus ejércitos armados. No olviden que esos ejércitos están integrados por seres humanos y que hasta su corazón llegarán tarde o temprano las mismas angustias de las masas populares. No esperen que sean los ejércitos los primeros en levantarse contra los enemigos del hombre. Porque también eso llegará. También eso se siente en el seno de los ejércitos de los Mola y de los Franco. Están devorados también por gérmenes de rebelión. ¿Por qué? Porque el soldado es sencillamente hijo del pueblo y está connaturalizado con los dolores del pueblo. A menudo se habla de deserciones de grupos de hombres que buscan en los ejércitos del Gobierno a sus propios hermanos y su verdadera posición. Si los generales amotinados, porque ya el mundo no los llama revolucionarios, sino sencillamente amotinados, no se arriesgan en batallas ruidosas, es porque saben que en la hora de estos encuentros los soldados aprovecharán la oportunidad para abandonar las filas de la infidelidad. ¿Por qué temen las naciones la guerra? No es porque no estén preparadas en armas y en hombres para volver a desatar la sangrienta tempestad de 1914. Es porque saben que una vez que los hombres se arman, no será la guerra la que se desate, sino la revolución. Este es el otro magnífico sentido de la lucha en Es-

paña. España da la medida de la revolución social del futuro. Un duelo a muerte de las masas contra sus opresores. Algo más: un cambio del mundo. Porque después de todo, el mundo cambia; el mundo se transforma. La historia es vitalidad. No vivimos hoy como vivieron nuestros padres y nuestros padres no vivieron como vivieron sus antecesores. Desconocer que el mundo se transforma es negar el proceso vital de la historia. El mundo se transforma en bien del hombre. El conflicto proviene de las urgencias de las masas sociales y de la insensatez de los grupos directores que se aferran a vivir en el pasado, que creen que con ellos se ha perfeccionado el mundo; que consideran que sin ellos el mundo termina. Esta es una torpe ilusión: el mundo marcha. Esta es la verdad. Y el mundo está en marcha.

España popular triunfará en definitiva. Algunos de nuestros desesperados conservadores ante la evidencia de la victoria popular española gritan: "Se pasearon en España". Para ellos España era el Alcázar de Toledo; para ellos España eran las corridas de toros; para ellos España era el rey Alfonso; para ellos España era el primado Segura; para ellos España era la semana santa de Sevilla. España no es eso: España es la tierra que necesita ser cultivada; España son las minas que necesitan ser explotadas con humanidad; España son los niños que necesitan ser educados en el espíritu del mundo nuevo; España es el obrero que debe ser tratado como un hombre; España es el porvenir. Porque el rey ande en el destierro; porque se hayan demolido algunos viejos conventos; porque hayan sido fusilados algunos generales infieles a su patria, España no perece. No, España no perecerá: de la sangre de sus hijos derramada en torrentes, surgirá la España nueva, llena de vigores y de entusiasmos

para trabajar en favor de la libertad y de la justicia de los otros pueblos de la tierra.

Esta es la verdad pura. Los mismos rebeldes no desconocen la fuerza de los reclamos populares. Para conquistarse a los pueblos por la persuasión, es decir, a los pueblos que no pudieron dominar con el terror y la muerte, anuncian programas alocados, llenos de promesas absurdas, como si la reforma social pudiera surgir de la acción de los viejos generales y de los cuarteles. La revolución social tiene que surgir, para ser vida, de la miseria de los pueblos, del sufrimiento de las madres y de los niños, de la protesta de las multitudes, de la tierra misma. Estos sistemas de gobierno como los fascistas, hipócritamente puestos a servicio de reformas sociales, son una solemne mentira. Desaparecerán a su hora para dejar el camino libre a los pueblos en marcha.

Donde el pueblo se arma, la dictadura no es posible. Además, la dictadura no es remedio de los males sociales. Es un error que viven forzosamente algunas naciones, el de creer que el ejército está capacitado para gobernar a las democracias y sobre todo para darle cima a las aspiraciones populares nuevas. El ejército es por su naturaleza irreflexivo y obra por impulsos. La democracia es un régimen de razonamiento, de ponderación, de conveniencias ordenadas, de justicia atemperada y todas estas condiciones las desconoce el ejército cuya ley primordial es espantar y matar. Cuando los pueblos se arman, la dictadura no es posible. El ejército puede apoderarse del poder público por sorpresa y mantenerse en él imponiendo el terror y la humillación. Pero en una disputa en la cual le sea permitido al pueblo imponer su voluntad y reforzarla con las armas, el ejército perece en la ignominia, sobre todo cuando el ejército se pone manifiestamente en contra

de la nación, como en el caso de España en que el ejército está solo en medio de un pueblo que lo maldice y que lo persigue constantemente. Este es otro precedente admirable que sienta España en la incruenta lucha: el de defender la voluntad popular en frente del ejército. Defender la doctrina de que es el pueblo el que se gobierna. Los gobiernos militares son transitorios, no constituyen nada superior y definitivo. Desaparecen en cuanto los pueblos logran armarse. Donde, quiera que haya dictaduras militares, la hora de los pueblos llegará indefectiblemente. Porque es curioso, los pueblos esperan pacientemente. Ellos son los que poseen los valores de eternidad racional. Los tiranos desesperan porque ellos representan lo pasajero. Los pueblos tienen profunda fe en sus destinos. Y los tiranos tienen miedo. El miedo los devora uno u otro día. Nosotros debemos exaltar la gesta gloriosa de España porque nuestra tragedia de un siglo ha sido la de imponer el gobierno civil — en América — contra el régimen militarista. No se ha triunfado del todo, pero se triunfará un día.

Tengamos fe en esto. Tengamos fe en la victoria del pueblo español. También es nuestra victoria. No perdamos de vista el hecho elocuente de que lo que importa en este momento es no perder la conciencia de la fuerza de las ideas y de las esperanzas populares. Por encima de todas las derrotas del momento, las ideas y las esperanzas populares se abrirán camino hacia un triunfo definitivo. Los pueblos no perecen sino cuando se acobardan. El pueblo español ha declarado al mundo que es una fuerza viva y eterna. Esto nos consuela. Saludemos al gran pueblo que ha aceptado el sacrificio de la segunda gran guerra social. De ella, como el gigante Anteo al tocar la tierra, saldrá más fuerte y más joven. Alguien dijo en los días heroicos de la revolución francesa, cuando también las naciones quisieron llevar la guerra a Francia para reprimir la tempestad revolucionaria: "si pretendéis hacernos la guerra de los reyes contra el pueblo francés, nosotros haremos la guerra de los pueblos contra los reyes". Los reyes han muerto, algunos envejecidos, otros enloquecidos de soberbia, otros degenerados; pero aun quedan algunas maldades que vegetaron a su sombra: España inicia, para salvar los derechos de la humanidad libre, una guerra de pueblos contra todas las maldades que deshonran a la tierra. Una guerra de los pueblos contra los tiranos.

Sacamos de la obra *El psicoanálisis y la educación* de Oskar Pfister, edición de la *Revista de Pedagogía*, Madrid, 1932:

Si el amor es reprimido, el sentimiento exaltado del yo puede adquirir nuevas afluencias de energía para producir la ambición, el deseo de dominio y la avaricia. Muchos déspotas, ambiciosos y usureros demuestran que sufren represiones de sus afectos. Las necesidades de ternura chocan con la realidad, tienen un sentimiento de inferioridad. Por eso sobrecompensan estos defectos lanzándose apasionadamente sobre los bienes exteriores. La necesidad del mamiismo y del imperialismo actuales tiene sus raíces en represiones afectivas. Tales extraversiones (dirección hacia el exterior) están fundadas en introversiones afectivas. Debo limitarme a esta ojeada sobre la historia de la cultura desde un punto de vista psicoanalítico.

13 Bandas y 48 Estrellas

Poema del Mar Caribe

Por RAFAEL ALBERTI

— Cortesía del autor. En un cuaderno de 44 págs. Madrid, 1936. Precio del ejemplar: 3 pesetas —

(Concluye — Véanse las entregas 5, 7 y 9).

Costas de Venezuela

Desde el «Colombie»

Se ve que estas montañas son los hombros de América.

Aquí sucede algo, nace o se ha muerto algo. Estas carnes sangrientas, peladas, agrietadas, estos huesos veloces, hincándose en las olas, estos precipitados espinazos a los que el viento asesta un golpe seco y verde a la cintura.

Puede que aquí suceda el silencioso nacimiento o la agonía de las nubes, sombríamente espiadas desde lejos por mil picos furiosos de pájaros piratas, cayendo de improviso lo mismo que cerrados balazos ya difuntos sobre el horror velado de los peces que huyen.

Aquí se perdió alguien, se hundió, se murió alguien, algo que estas costillas, que estos huesos saben callar o ignorar, Pero aquí existe un nombre (1), una fecha, un origen.

Se ve que estas montañas son los hombros de América.

Puerto Cabello

Mensaje al benemérito Juan Vicente Gómez, Presidente de los E. E. U. U. de Venezuela

Al Celestial, Amado Juan Vicente, Benemérito Gómez Honorable, Príncipe de la Iglesia, Presidente.

(Carta del Papa) Pero de mi mano: Al recuerdo de momia asida al sable del oro inglés o norteamericano.

Oigo un saco de bestia purulento rumiar, vacío, en un establo estable y abreviar un charcal sanguinolento.

Por las sienes le corren carreteras un son de grillos, triste, macilento, que aviva sus pezuñas delanteras.

Dos negros hoyos para el salivazo, bajo una falsa luz de anteojeas, aún recogen la muerte, el latigazo.

.....
Bufo la piel, y babas criminales van deshinchando al torvo saco hueco que inflan sórdidas bocas generales.

Puerto Cabello, horror de Venezuela, infierno de trabajos fúnebres, flamígera, insistente sanguijuela,

rayado sol de ariscos cornetines desmoronando a hombres de candela que apaga la humedad de los fortines.

Mojo y tiño en tu trágica bahía mi mano, que por todos los confines repetirá tus torres de agonía.

Terror fijo. Temblor. Zarpa mi mano y por la oscuridad caligrafía su protesta en el mar venezolano.

Lejos hipa durmiendo la pavesa sobre las almohadas que le tiende la Standard Oil o la Shell inglesa.

Mas algo nuevo de la sombra asciende.

Islas y puertos del Caribe

¿Son hombres de rodillas sobre el mar, perros, terribles monos sentados sobre el mar, movidos por dos hojas de madera, gritando, aullando, limándose los dientes contra el filo movable de las olas que se mella en las quillas, o es el hambre desnuda, el hambre negra, la ruina nadando, la despoblada esclavitud hundiéndose, marineando, desnucándose desde las cuerdas flojas de los puentes contra el aguaje sucio que rodea los límites anclados de los barcos que pasan? (1)

(1) Compañías que se reparten el disfrute de las concesiones petroleras venezolanas.

Ahorrar

es condición sine qua non de una vida disciplinada;

Disciplina

es la más firme base del buen éxito.

La sección de AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:

Ahorrar

¿Qué es?
¿Qué es esto?

¿El hallazgo quizás del mundo imaginado desde los aburridos pupitres del colegio, las islas misteriosas con gargantas de imán, voces perdidas, cosas cambiables desorientando a los marinos, países imposibles situados en mares fijos, sin color y sin aves de las lluvias, regidos por estrellas y soles petrificados?

¿Es que al fin era esto la invitación al viaje?

20 minutos en la Martinique

(Port de France)

Calor de ron pasado por suaves maderas, esperando las bajas bodegas de los barcos junto a los cobertizos sucios de la aduana. Voleís de pronto a mi, ahora el trópico, gaditano perfume de barriles, alboreados toneles por los embarcaderos tendidos a los pies de las pescaderías saliendo de la noche.

Pero no eres el mismo, calor triste de ron que subes mareando las palmeras, ola de ron ardiendo, ordenada, encerrada, arrastrada por negros como asnos de apariencia tranquila.

Que ahora todo sucede en este puerto calcinado del trópico, sobre este despiadado basurero, esta flotante y triste colonia basurero que se estrangula aquí, que ancla aquí su cadáver, enganchándolo al de esas otras islas que quisieran fugarse, huir al favor de algún confabulado viento de media noche.

Calor duro de ron, sudor de negro, clamor sordo de negro, llanto oculto de negro, alba negra de negro despertando.

(Con rumbo a la Guayana, sin tocar a las costas que quisieran no verlo aunque lo miran, pasó un barco francés con 700 presos).

Yo también canto América

I, too, sing América.
LANGSTON HUGHES.

Tú mueves propiedades en tu cielo, astros que son verdad, estrellas tuyas, planetas confiscados, que en la noche pasan gimiendo un rastro de cadenas.

Mueves bosques con hojas como círculos, puertas verdes al sueño de los pumas, bosques que marchan, selvas que caminan invadiendo la sombra de raíces.

En tu entraña, piqueteas y explosiones
dan a luz en lo oscuro nuevos ríos,
puestos al sol por hombres expropiados
a tu matriz herida y desangrada.

Ellos son, deben ser, y no los otros,
los que arañen sus manos en tus grietas,
los que teñaz descuelgan su desvelo
en tus ocultas venas sacudidas.

Tú no eres un cadáver extendido
de mar a mar, velado por palmeras.
Tú estás de pie, la sangre te circula,
pero entre dos orillas de fusiles.

Ni siquiera eres dueña de tus noches,
insultada en los bares y cantinas,
noches con ojos indios impasibles
por los que pasan flechas vengadoras.

Yo he visto Panamá desde las nubes
como albos continentes sin viajeros,
de norte a sur, y comprobando el Istmo,
sobre una larga zona de uniformes; (1)

la flor del mar Pacífico, entrevista
como una cresta roja de mi infancia (2)
gritando, muda, por tus litorales
de azúcar y café, pero invadidos;

jacales y bohíos limosneros
que intentan vagamente ser aldeas,
con raigones en tierras que son tuyas
y celos de cañes arrojados.

Oigo un clamor de pumas y caimanes,
de idiomas dominados a cuchillo,
de pieles negras atemorizadas,
entre un sordo rencor que se unifica.

Despierto, de improviso, en esa hora
que el terremoto verde de tus bosques
a tientas reconstruye con sonidos
los escombros nocturnos de sus ramas.

Despiértate, y de un salto reconquista
tu subterránea sangre de petróleo,
brazos de plata, pies de oro macizos,
que tu existencia propia vivifiquen.

Va a sonar, va a sonar, yo quiero verlo,
quiero oírlo, tocarlo, ser su impulso,
ese sacudimiento que destruya
la intervención armada de los dólares.

Las estrellas verdad verdad se confabulen
con tu robado mar, la tierra, el viento,
contra esas trece bandas corrompidas
y esa Company Bank de estrellas falsas.

Recuperen—ciclones en las manos,
sísmicas lavas de correr ardiendo—
el predominio vasto de tus frutas
y el control de tus puertos y aduanas.

Yo también canto América, viajando
con el dolor azul del mar Caribe,
el anhelo oprimido de sus islas,
la furia de sus tierras interiores.

Que desde el golfo mexicano suene
de árbol a mar, de mar a hombres y fieras,
como oriente de negros y mulatos,
de mestizos, de indios y criollos.

Suene este canto, no como el vencido
letargo de las quenas moribundas,
sino como una voz que estalle uniendo
la dispersa conciencia de las olas.

Tu venidera órbita asegures
con la expulsión total de tu presente.
Aire libre, mar libre, tierra libre.
Yo también canto América futura.

Notas

Puerto Cabello.—Juan Vicente Gómez, Presidente desde el año 1908. Muerto recientemente (diciembre 1935), después de haber cumplido su 27 aniversario de dictador. Este mensaje y notas fueron escritos en octubre último, ya de regreso a Europa al tocar en un barco francés la bahía venezolana de Puerto Cabello.

S. S. el Papa Pío XI, al ser Gómez "elevado nuevamente a la suprema magistratura de

esa República", le dirigió una epístola nombrándole Príncipe de la Iglesia (Carta publicada en latín y español, en el **Nuevo Diario**. Caracas, diciembre 31 de 1935).

No se sabe la fecha de su nacimiento. Un biógrafo amigo suyo, buscando una coincidencia gloriosa, descubrió que tuvo lugar un día 24 de julio, el mismo día en que nació el Libertador Simón Bolívar.

Condenadas a trabajos forzados, miles de vidas, las mejores de Venezuela, han caído en su construcción.

93 libras pesan las barras de hierro que atenazan y arquean los tobillos de los prisioneros políticos venezolanos.

Aquí, en la boca de la bahía, se levanta el Castillo del Libertador, una de las prisiones más terribles, con la Rotonda de Caracas. Yo vi, desde el puente de popa de mi barco, bajo un color de mar y cielo hirviendo, descender de un camión, y entre fusiles, a los prisioneros políticos, camino de los diarios trabajos forzados en las carreteras.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

Cortesía de los autores:

Manuel Cabral: *Pilón*, cantos del terruño y otros poemas; y *12 poemas negros*, Santo Domingo, Rep. Dominicana. 1935.

Rosendo Villalobos: *Letras Bolivianas*. Los poetas y sus obras. Los prosistas literarios. La Paz. 1936.

Margarita Urueta: *Una conversación sencilla*. México, 1936.

Con la autora: Margarita Urueta de Villaseñor. Apartado Postal 2479. México, D. F. México.

Alfredo L. Palacios: *En defensa de las Instituciones libres*.

Acción democrática con motivo de pronunciamiento del 6 de setiembre de 1930.

Prólogo de Manuel Seonae. Ediciones ERCILLA. Santiago de Chile. 1936.

Angel Aller: *Romances de mar y tierra*. Montevideo. 1936.

Con el autor. Rondeau 1751. Montevideo. Uruguay.

Sylvio Polletti: *El cesante*. Romance. Imp. NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1936. Y este folleto: *Predicando en desierto*. Valparaíso. 1936.

Con el autor: Calle Miramar 298 (Cerro Alegre). Valparaíso, Chile.

Mariano Tovar: *El Dictador de Tabasco*. Rein vindicación y justicia.

Con el autor: San Jerónimo 66. México, D. F. México.

Carlos Izaguirre: *Readaptaciones y Cambios*. Tegucigalpa. 1936.

Julio Enrique Avila: *El himno sin Patria*. Ensayo sobre el espíritu de la música y su acción social. San Salvador. 1936.

Carlos Astrada: *Idealismo fenomenológico y metafísica existencial*. Buenos Aires. 1936.

Como publicación (III) del Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Con el autor: San Agustín, Córdoba. (República Argentina)

Julían López Pineda: *Anforas*. Poesías. París. 1936.

Con el autor. Tegucigalpa, Honduras

Rosa Arciniega: *Pizarro*. Biografía del Conquistador del Perú. Editorial CENIT. Madrid. 1936.

Antonio Iraizos: *Itinerario por los Estados Unidos*. Prólogo del Dr. Rafael Guas Inclán. 1936.

Juan Burghi: *Luz en la sierra*. Prosa y verso. Buenos Aires. 1936.

Con el autor: Donato Alvarez, 2169. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doc-
tor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"

(1) Cinco millas a cada lado del Canal son territorio vanqui.

(2) En el jardín de mi abuela, en el Puerto de Santa María, ya había visto yo esta flor, cuyo nombre ignoraba. También se la conoce en el Mar Caribe por *ca-yena* y *avispa*.

Lope de Vega y el mar

Por GREGORIO MARAÑÓN

= De La Nación. Buenos Aires, Rep. Argentina, 2 de agosto de 1936 =

Lope de Vega, para serlo todo, fué también marino. Casi ninguno de los grandes e inquietos españoles de su época dejaron de serlo en alguna ocasión. El poeta, aun mozo, se alistó en la expedición a las Azores a las órdenes del insigne almirante don Alvaro de Bazán, en 1582, cuando sólo tenía veinte años; y seis más tarde estuvo, en la ocasión famosa y trágica para España, de la Armada Invencible. De ambos trances guardó, en su imaginación y en su memoria, imágenes que luego, a través de la vasta obra surgen aquí y allá. Para un poeta, creador de formas, nada hay que pueda compararse a la vida del mar, pródiga en peripecias, sujeta a la influencia directa y a veces terrible de las fuerzas naturales y llena de palabras y de expresiones de maravillosas resonancias literarias y emotivas. Ninguna técnica posee un vocabulario tan humano, tan tradicional y tan noble como la de navegar, aun hoy en los tiempos de las fortalezas de acero y de los grandes palacios flotantes, pero sobre todo entonces cuando la vida del marino era un juego prodigioso del ingenio y de la experiencia sobre armaduras frágiles, cara a cara, entre el hombre y la naturaleza.

Sin embargo, a juzgar por la relativa pobreza de la huella que ambas aventuras dejaron en Lope, es evidente que éste iba a bordo demasiado distraído del ambiente afanoso y múltiple de la vida del mar. Fué el monstruo de nuestras letras, desde que tuvo conciencia hasta que murió, un prisionero de la sensualidad. Su alma, arquetípica del alma renacentista, era un inmenso pozo de pasiones, pozo siempre repleto, de donde extraía la vena de sus comedias y de sus versos, no como el jardinero que riega sus flores, sino, la mayoría de las veces, con la prisa y casi con la angustia del que achica el caudal que amenaza desbordarlo y hundirlo. Se ve bien claro que, sin el milagro de su inmensa obra literaria, aquel hombre de tremendos apetitos y de tan escaso temple moral hubiera sido, en lugar del Fénix de los Ingenios, quién sabe lo qué, un condotiero audaz, un héroe de la calle o un peligroso aventurero.

Los hombres de esta raza espiritual suelen ser insensibles a todo lo que en la naturaleza no es humanidad directa. A Lope sólo le interesaban en torno suyo los hombres y las mujeres: y aun aquéllos a través de éstas. Nada el paisaje ni el afán social. De sus jornadas en las Azores apenas se descubre una referencia vaga entre la catarata de sus versos y de sus documentos confidenciales: por ejemplo, cuando dice que vió

**Con la espada desnuda
al bravo portugués en la Tercera.**

La misma sobriedad en sus recuerdos de la funesta expedición a Inglaterra. Le vemos llegar a Lisboa "el arcabuz al hombro" y embarcar en el galeón San Juan. Pero su alma estaba presa y absorta en los lances de amor que dejaba en tierra.

En las Azores soñaba, mirando al mar, hacia la línea de España; y, ya en España, el sueño, en aquella Dorotea ardiente: en el "talle, en el brío, en la limpieza, en el habla, en la voz, en el ingenio, en el danzar,



Lope de Vega

en el cantar y tañer diversos instrumentos" de la mujer adúltera y sabrosa. Y la manobra de los marineros y el estruendo del cañón y de los arcabuces eran apenas fantasmas que, en torno de su mocedad, representaban una comedia menos real que la pasión que no le dejaba dormir.

Ya camino de los mares del Norte, en la Armada Invencible—que pronto sería un montón de pavesas flotantes y un cementerio de españoles debajo del mar—, mientras los soldados se preparaban para el combate y las velas se hinchaban con el viento de tempestad, el poeta, ausente de todo, "forzado de su inclinación, ejercitaba la pluma"; y así leemos en el prólogo de "La hermosura de Angélica": "Allí pues, sobre las aguas, entre jarcias del galeón San Juan y las banderas del Rey Católico, escribí y traduje de Turpino estos pequeños cantos"; y añade en otra ocasión:

**Allí canté de Angélica y Medoro
desde el Catay a España la venida
sin que los ecos del metal sonoro
y de las armas el furioso estruendo
perdonasen mi Euterpe.**

Nadie diría, leyendo este poema de "Angélica", que parece escrito en el retiro de un gabinete o de una floresta, que, sin duda, se compuso entre gritos de guerra y el taco del cañón, que, como él decía, se llevó más de una vez los papeles del poeta.

¡Qué maravilla la vida interior de un hombre así, a los veinticinco años! Todo el mundo, la inmensidad del orbe, está entonces dentro del alma del mozo. El resto, por trágico que sea, se borra de su conciencia y asomado a ésta le basta, para sentirse dueño de todo, contemplarla como quien contempla el reflejo profundo de un pozo desde su brocal. A veces, es cierto, "los tronadores bronce" hacían pasar a Lope "no escasas congojas". Pero duraban tanto como el eco del estampido de las descargas, al morir, alejándose sobre las olas. Y volvía a soñar en la dulce

Angélica de su poema, que era Dorotea todavía; y era la esposa Isabel que le esperaba en tierra; y eran tantas más: mujeres de todas las calañas, que había conocido, amado y abandonado ya. Y sobre ellas, otras que presentía su carne mortal aun añorada pero ya curtida en la pasión.

Es curioso anotar que cuando Lope se embarca en Lisboa, en la trágica escuadra, con veintiséis años apenas cumplidos, estaba todavía imberbe. Expresamente lo dice en sus conocidas octavas reales a la muerte de María Estuardo:

**ceñí en servicio de mi Rey la espada
antes que el labio me ciñese el bozo.**

Algunos de sus biógrafos se extrañan de esta tardanza en el brote de la barba, símbolo de la madurez viril, en fecha en que Lope tenía ya en su haber aventuras suficientes para una cátedra indiscutida en las artes del amor. Pudiera pensarse en una poética licencia para exagerar el aire romántico de su guerrera aventura, que al vate le está todo permitido; y no sería más exagerado el describir, no siendo verdad, su propia cara despoblada de barba y de bigote, que el pintar, poco después de la gesta militar, su entrada en Toledo, colocando a éste entre fragosas "selvas y montañas", cuando por entonces los alrededores de la Imperial Ciudad estaban seguramente más rasos que ahora. Pero sin duda se atenia a la verdad en la descripción de su aire adolescente, pues en otros versos, hablando de la misma ocasión, insiste en que su "exento labio, apenas de un cabello se ofendía".

Recuerdo todo esto porque es típico de los hombres muy halagados por el amor, como lo fué, y en grado superlativo, Lope de Vega, este retardo en el advenimiento de la plenitud. De Lope se enamoraban las mujeres mucho más que él las deseaba; y cómo se enamoran las mujeres de Don Juan: como de un niño malo; y precisamente por eso, por malo y por niño. Actitud bien distinta de la del varón muy especificado, que ha de ganarse las victorias a pulso, rindiendo a fuerza de tenacidad la fortaleza sitiada; y que por ello no gusta de contar sus hazañas a los cuatro vientos, como aquellos otros, los que encuentran siempre la puerta abierta o, a lo sumo, entornada. Ya el mozo imberbe nos cuenta, con peculiar cinismo de tenorio, que al llegar a Lisboa, "cuando la jornada de Inglaterra, se apasionó una cortesana de mis partes". Y una de estas partes sería, sin duda, el aire añorado. Después fué bien barbado, pero conservó siempre el sentido pasivo, característico de los grandes polígamos, frente a la mujer.

En ese mundo infinito y ardiente del amor, henchido de realidad pasada y colmado de promesas, iba preso el joven e imberbe soldado. Y así nos explicamos la poca substancia que para su obra extrajo de la vida azarosa y magnífica en el mar. ¡Cuán diferente de otro hombre sin par de su tiempo, de Cervantes! Cervantes sí, fué un hombre cabal. A Lope los hombres de hoy le admiramos, pero no le podemos querer. A Cervantes, con ser tan hondo nuestro fervor ante su obra, le amamos ante todo con ternura que

Federico García Lorca

Por CARLOS LUIS SAENZ

= Envío del autor. Heredia, Costa Rica, setiembre de 1936 =

1

Luces verdes de la luna
cortada en las bayonetas;
tú, soñando con las voces
de tus aguas con estrellas.
¡Granada,
era una estampa goyesca!

Gritos, tiros y tumultos,
alborada de cornetas;
reflorece la sangre
de Marianita Pineda!
¡Granada,
era una estampa goyesca!

La rabia de los traidores
como loba de la sierra
se comía tu corazón
de luz y de hierbabuena.
¡Granada,
era una estampa goyesca!

¡Las bocas de los fusiles
contra tu cabeza negra!
¡Y la muerte allá en la luna,
tocando su pandereta!
¡Granada,
era una estampa goyesca!

2

García Lorca, García Lorca,
¡qué fresca tu agua en la alberca,
con luna y con olivares,
con amapolas y estrellas!
Federico,
tu guitarra
vaga, sola, por los trigos:
cinta verde, cinta negra,
entre espantos amarillos.



Federico García Lorca

De celestes maravillas
llevabas las manos llenas:
¡toda la gitanería
estilizada en tus poemas!
Casitas de cal y canto,
verdes lunas de las sierras,
torerillos con espadas,
caballeros con espuelas;
silencio de los jardines
y cantos de las veredas!
Federico,
tu guitarra
vaga, sola, por los trigos:
cinta verde, cinta negra,
entre espantos amarillos.

Bajo la sombra rosada
de tu gentil primavera,
los grillos crepusculares
nacían a la luna nueva.
Tu madrugada tenía
chopos y nubes espléndidas
y tu noche de caballos
de azufre, entre las tinieblas,
golpeaba los corazones
con la terrible certeza.
Federico,
tu guitarra
abandonada en los trigos:
racimo negro en la parra,
pájaro negro en el higo
y luto de las cigarras!

3

Cuando vuelva el miliciano,
¡ah, Granada redimida!
te dará por almohada
su bandera enterneceada.
Y las niñas andaluzas
con sus pupilas en llanto,
tejerán con brisas verdes
el laurel de tu descanso.
Vendrán de Fuente Vaqueros
los niños y los ancianos;
y tendrás sobre tu piedra
los azahares valencianos.
Y te lavarán la sangre
con nieve de Guadarrama,
capitanas españolas
madres de tu nueva patria.
Cuando vuelva el miliciano
¡oh, Granada redimida!
su bandera enterneceada
plegará con suave mano
bajo tu hermosa cabeza
de gitano!

anega la misma admiración y que da a ésta,
sin duda, sus más nobles quilates.

Cervantes era todo renunciación y generosidad—las virtudes del varón perfecto—, y atraviesa por el mundo—por España y por las tierras y los mares lejanos—desbordado hacia los hombres y las cosas, fuera de sí, por humildes que las cosas y los hombres fuesen. La Naturaleza era una maravilla entrañable para los ojos de este peregrino que pasó por la vida sin fausto, como soldado raso, como alcahalero inhábil, como escritor sin fortuna, pero vestido con esa púrpura de los seres universales que los contemporáneos no aciertan a distinguir cuando, por azar nada raro, cubre un traje raído y un continente famélico.

Como Lope, conoció Cervantes la vida ruda, pintoresca y varia de galeras y galeones. Su alma, triste y segura, no tenía como la alborada del Fénix de los Ingenios "la quilla de ovas llena": es decir, de pecados y apetitos. Y podía por eso saltar sobre la espuma y no tocar en los bajos de la pasión. Su alma estaba menos dentro de sí que derramada sobre las cosas. He aquí por qué su obra, aun la de la madurez y la ancianidad, lejanas ya las horas de aventura, está llena de mundo y de humanidad total y, entre ella,

de alusiones frecuentes y expresivas a la actividad y al vocabulario de la marinería; y tan exactas que, a veces, basta una frase para evocar una maniobra o el paisaje, cargado de olores fuertes, de los puertos.

Habían pasado diez años desde el desastre de la Invencible, cuando Lope escribe y publica su obra más próxima a la experiencia del mar: la "Dragontea". En 1598, en efecto, aparece el poema unido a otro, la "Arcadia". Refiere en él, como es sabido, las gestas terribles del pirata inglés Francisco Drake, tan temido en los pueblos costeros de España que todavía en muchos de ellos se recuerda su nombre a los niños para aterrarlos. Drake—el Drakón—y su hijo Ricardo atacaron en los años de 1595 y 1596 los puertos de Canarias, de las Antillas y de las costas de la América Central, apoderándose de las ciudades de Nombre de Dios y de Portobelo. Los españoles lucharon heroicamente contra el corsario y contra el almirante Vasville con fortuna varia. Al fin la escuadra inglesa fué derrotada por Avellaneda y Drake murió en Portobelo a manos de sus mismos hombres. Este es el argumento del largo poema. El estro, un tanto mortecino del Fénix, mientras escribía la "Dragontea", sin duda distraído en aventuras y en creaciones más

gratas, se exalta, no obstante, en algunos momentos y a veces alcanza su vuelo caudal. Tal, por ejemplo, al pintar la lucha agónica del capitán feroz, "en su negro camarote", con el mortal veneno que lentamente le paralizaba:

Ya voy, ya voy, ¡oh sombras espantosas!

exclama el pirata retorciéndose en el camastro: y al fin muere:

**y con ello quedó la lengua helada;
paráronse las niñas temerosas
y la cárdena boca traspellada
a que la eterna del Infierno ocupe
el alma pertinaz, del pecho escupe.**

Así, como un demonio, ven hoy al Drake, todavía los pequeñuelos de los puertos andaluces.

No sin alguna fatiga leemos en el poema lances guerreros increíbles, prodigiosos esfuerzos de aquellos hombres escualidos que parecían titanes; y de aquellas mujeres de temple de roble, castellanas secas, de fecundidad inaudita, que acompañaban a nuestros guerreros y cuando era preciso les servían de ayuda directa en la gesta descomunal.

Pasan por las tiradas de octavas reales, fluídas hasta el enojo, amores corteses y pasiones del trópico, calientes y bravías. Y de tiempo en tiempo escenas de la vida a bordo, unas de evidente origen literario, extraídas del almacén inmenso de las lecturas del poeta; pero otras, vivas y directas, recuerdos que quedaron hundidos en su memoria desde los días juveniles y que ahora, con la pluma ante el papel, salían a flote, acaso inéditas para su propia conciencia distraída en el sempiterno juego de amar y de crear.

Debemos, los hombres del habla hispánica, leer otra vez la "Dragontea". La gloria de Lope no necesita las adulaciones sin tino que tanto se le han prodigado en este centenario de su muerte. No cometeremos, pues, la insinceridad de poner el poema guerrero y marino entre las obras de la primera línea de este monstruo de la inspiración y de la facilidad, genio inigualado del idioma, cuya profunda humanidad está hecha en lo mortal y en lo literario, con la misma mezcla de grandezas sublimes y de sombras tras las cuales se adivina el cielo que forman el esquema eterno de la mayoría de los hombres. La "Dragontea" pertenece a aquellas obras de Lope cuya mediocridad sirve de contraste a la perfección de las demás. Ya Góngora la sentenció en su tiempo:

Para ruido de tan grande trueno
es relámpago chico; no me ciega;
soberbias velas alza; mal navega;
potro es gallardo; pero va sin freno

El veredicto es justo. La nave lleva tendidas las velas soberbias del genio; pero navega mal, a veces, otras se rehace y salta llena de gracia y de ímpetu, sobre el mar de octavas reales. Pero con todo, debe releerse. Sé que el Museo Naval de Madrid, atento a todas las palpitaciones de la vida de España, se propone reimprimir estos versos porque en ellos se evoca como en ninguna otra de las producciones lopistas, la vida en el mar del inmortal creador. Releámosla con frío juicio. Porque nada puede hoy empañar el lustre de su autor. Hoy, tres siglos después de su tránsito, hasta sus defectos forman parte de su gloria.

El 27 de agosto de 1635 murieron con Lope de Vega sus pasiones broncas y sus pecados humanísimos. Y este mismo día volvió a nacer, ya purificado para la inmortalidad. El lo sabía mejor que nadie y, sin duda, pensaba en sí mismo al escribir en la "Dragontea":

...para morir nacemos
y después de la muerte, viviremos.

ción carga en su pecho—redondas piedras de llanto".

La picaresca malicia de la **Esposa infiel** de los antiguos romances novelescos apunta como una sutil gracia archiprestina en el **Romance del personero** a que se da principio con una repetición a la manera de Fontefrída, fonte-frida o Mes de mayo, mes de mayo o Rosa fresca, rosa fresca. Es un diálogo animado y discreto, de muy femenina intención y muy caballeresco final: "Pues que defiende tu vida—no ha de ser por mí que mueras".

Sobrio retrato de Valázquez, en el que nada falta ni nada sobra en **Un Vecino rico**. Y miniatura primorosa de todo un período histórico es **Ciudad de conquistadores**. Hállase aquí desde el sitio geográfico hasta los ensueños de infinitos Eldorados.

El Romance del juez bribón es ustoria aunque breve catilinaria que recuerda aquella otra de Gómez Manrique, **Inscripción** en las casas consistoriales de Toledo: "Por los comunes provechos—dejad los particulares:—pues vos hizo Dios pilares—de tan riquísimos techos—estad firmes y derechos". O aquella honda querella: "Mirad qué Gobernación—ser gobernados los buenos—por los que tales no son... Donde sobra la codicia—todos los bienes faldescen;—en el pueblo sin justicia—los que son justos padecen".

Y tal es también el tono de las sentencias de Cané: "Si el saber es de letrados,—es de jueces la honradez;—no juzga mejor un sabio—que juzga un hombre de bien.—... Vaya el juez a los estrados—y al mercado el mercader".

Me contenta la gracia, el atrevimiento y la discreción del **Romance del Monte de Doña Juana Clavijo** y la cena de **La Cita**, toda de asedados rumores y el dejo de madrigal y de cantos populares españoles que oigo en **Canción con el nombre de una cubana**. Y cuán sabrosa es la narración en el **Romance del marido mulero** donde se advierte toda la ciencia y la pericia que se requiere en el arriero de mulas y la sagacidad de su mujer que le replica con la ccrtae justicia que desplagara Carlo Magno acusando al Conde Dirlos: "Mas la culpa, conde, es vuestra,—y a vos os la debéis dar:—para ser vos tan discreto,—esforzado y de linaje,—dejasteis mujer hermosa,—moza y de poca edad;—si de vista no la visitastes,—de cartas la debíades visitar".

En el segundo romance de Zaide de aquel memorable viejo romancero leemos: "¿Quiéres que me suba al cielo—y las estrellas te cuente,—y te ponga a ti en la mano—aquella más reluciente?"

Es como la sugestiva llave de ese bello **Más allá del ex-libris** con que se cierra este **Romancero del Río de la Plata**: "Cada día más cerca—la mano de la estrella". La estrella del ideal a que nos acercamos con cada buena obra que cumplimos.

Del antiguo armario de romances antiguos el poeta Cané ha extraído esa fragancia que posee la virtud de transportarnos al mundo de los siglos idos en donde hay conquistadores durablemente crueles, y pacientes indios, y confiados personeros, y muleros suspicaces, y viudas de encantadora frivolidad en seda.

Es el despertar del romancero en tierras de América, donde ya luce la refinada sutileza de los **Romances del Río Enero** de Alfonso Reyes y la fuerza y la gracia de estos de Luis Cané.

Reseña de libros

Por R. BRENES-MESÉN

= Colaboración.—Northwestern University, Evanston, Illinois, agosto de 1936 =

Romancero del Río de la Plata, por Luis Cané. Buenos Aires, 1936

Este Romancero suscita frescos, aunque olvidados, primores de **Primavera y flor de romances**. Conforme le iba leyendo parecían llegarme fragancias de añejos arcones recién abiertos para buscar olorosos encajes y pesadas sedas de idos esplendores. Uncida a los romances con gracia de onda ondula una atmósfera de jardín del trópico, por la abundancia de sus aromas.

Aires buenos del mar y de la pampa respira el Indio que divisa a lo lejos las once naves con que don Pedro de Mendoza ha armado su expedición malaventurada. Y la tripulación echa pie a tierra; de Mendoza mira la llanura sin límites; el Indio trae sus primeros bastimentos. Y desembarcan cuanto traen en sus carabelas. Y desde aquel día "el indio no descansa ni huelga... Alza chozas de barro y paja cortadera; cava el foso custodio y levanta la cerca". Mas el indio espera la hora de su venganza. Y una noche "En los techos de paja—prenden sus cabelleras—de llamarada y humo—las incendiarías flechas". El espanto llena de ruidos la sombra... "los potros y las yeguas—atropellando todo—ganan la pampa abierta. Se yerguen en relinchos—y, al tenderse en carrera—toda la noche cruje,—la llanura resuena".

Y cuando agotados por el hambre y por la fiebre han perdido su aliento, allí están las mujeres que se sacan del corazón fuerza y valor para hacer cuanto les cumple a ellas y a los soldados. Que si lloran, ellos no lo saben. Vinieron mil quinientos para esta empresa en once naves; en dos regresarán los ciento cincuenta que vuelven. Y se termina el primer romance.

Magnífica evocación del llagado fundador de Buenos Aires, D. Pedro de Mendoza. Es una historia en movimiento vista al trasluz de un encaje de poesía, olorosa a romances carolingios siglo-quincecos.

En la **Queja indígena** hay acento de dolor, entonación de nenja que se termina en punta de flecha enherbolada de venganza; así como el **Indio cautivo** es el romance de la tortuga trágica, de la voluntad radiante que perfora como lanza la fiereza demoniaca del blanco.

Trascendente realismo acentúa de verdad y de humanidad la **Borrachera india**. La chicha de maíz "nada envidia al fuego". El hidrópica chicha es, porque más se desea mientras más se bebe. Es el incendio que devorará la raza, como el fuego del rayo consume el pajonal y la selva. Es este extraño romance que historia y explica a la vez, sin explicar ni hacer historia. Y cuadro pintado por la unción del siglo dieciséis es el **Episodio de Fray Benito**. Es el santo aventurero de las pampas, a quien, cuando atado a un árbol, visitan buitres y olfatean tigres. Mas cuando sus gentes le hallan, "La emo-

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

Jane Addams y los dispensarios en los Estados Unidos

Por ERNESTO NELSON

= De La Nación. Buenos Aires, Rep. Argentina, 9 de mayo de 1936 =

En la época que algunos llaman "la edad de oro", los Estados Unidos ofrecían el espectáculo de la más insolente exhibición de la riqueza junto al de la más negra miseria. Fué la hora del asombroso poderío industrial, de la fantástica valorización del suelo, de la expansión ferroviaria, de la explotación febril de sus minas. Eran los días por excelencia de los "nuevos ricos", cuando éstos irrumpían en los salones de la Quinta Avenida, y contra cuyo aluvión de corada vulgaridad los Astor y los Vanderbilt se defendían organizando el frente común de "los cuatrocientos".

Epoca aquélla en que París se burlaba del yanqui que quería comprar el Louvre; y en que si no el Louvre, muchos palacios europeos y templos orientales cruzaron el Atlántico, ladrillo a ladrillo, para decorar el parque del rey del jabón o de la mostaza. Días en que los magnates neoyorquinos vivían escandalizando al mundo con sus extravagantes derroches. Recordáis aquellas cenas en que circularon cigarrillos envueltos en billetes de cien dólares; en que se sirvieron ostras en cuyo interior los comensales encontraban genuinas perlas negras; aquella fiesta dada en honor de un "bull dog" que lucía un collar de brillantes de 15 mil dólares; días en que los dentistas engarzaban diamantes en las emplomaduras de oro y en que los super rastacueros contrataban compañías de ópera y orquestas del Metropolitan para animar su "garden parties".

Con excepción de alguna pasajería indignación, como la que provocó aquel "bal de têtes" en el Waldorf Astoria, en que se gastó en disfraces cerca de dos millones de dólares y en que hubo sorpresas como la de hacer irrumpir, en un momento dado de la cena, hermosas bailarinas de entre gigantescos pasteles, este desenfreno no suscitaba rencores demasiado profundos entre los desposeídos, pues el espectáculo era en sí mismo el mejor exponente de una ilimitada posibilidad de riqueza y el testimonio más evidente de una absoluta igualdad de oportunidad.

Pero no por hallarse adormecido por la esperanza, el dolor de la vida era, para los pobres, menos real; pues que aquellos eran también los días del ingente arribo de inmigrantes, muchos de los cuales llegaban atraídos arteramente con falaces promesas, sólo con el propósito de crear, con la desmedida oferta de brazos, el pánico de la desocupación y la baja consiguiente en el mercado de salarios.



Los latigazos de la madrastra

Madera de Emilia Prieto

Los intelectuales se interesaron en paliar los males emergentes de una tan flagrante diferencia en los humanos destinos; y así nacieron los "university settlements"; vastos dispensarios sociales, por decirlo así, que se instalaron en los barrios miserables, y en los que un grupo de profesores y alumnos realizaba un programa de auxilios espirituales y materiales.

La idea originaria de los "university settlements" era inglesa. Nació de esa ola de romanticismo filantrópico instituido por Ruskin, cuando encabezados por él, los alumnos de Oxford entraban a saco en los barrios miserables de Whitechapel y Sorditch y desinfectaban viviendas, extraían dientes, extirpaban amígdalas y arrancaban los inmundos chupetes de la boca de los niños.

Pero en los Estados Unidos el problema planteado por la evolución económica no era sólo un problema de paliativos. Había que sanear la atmósfera de garito que "la caza del dólar" había creado y a que todos parecían habituarse. Había que estudiar el problema de la miseria para cegar sus fuentes; poner una conciencia en las mentes dormidas, crear una opinión pública en las multitudes sólo movidas por emociones primarias. En suma, había que educar, educar por contacto, por convivencia entre gentes ignorantes, por una parte, y los espíritus cultos y avisados, capaces de traducir en ideas los acontecimientos diarios, y en acción deliberada y tras-

cendente — capaz de llegar al Capitolio y a la Casa Blanca — lo que sin ese auxilio sólo sería una convulsión histérica de la multitud.

Ese programa encontró su ejecutor en una mujer, Jane Addams, quien a poco de iniciarlo llenó el país con su nombre mereciendo que sus compatriotas la llamaran "the Nation's uncrowned queen". Su reino fué Chicago y su palacio, la Hull House, hoy arquetipo de todo "settlement". Se asentaba en medio del distrito peor reputado del siglo XIX, mezcla de sana energía, sentimentalismo imprevisor, extravagancia religiosa y dictatorialismo industrial sin entrañas, y en cuyo bajo fondo ya se movían entre sombras las primeras pandillas, la temible gang — madre del futuro gangster.

Saltemos los comienzos de una obra que tuvo tantos detractores como aspectos ofrecía el problema que atacaba. Lleguemos al principio del siglo actual, cuando Hull House atrae visitantes y estudiosos de la talla del Príncipe de Gales, el rey de Bélgica, Teodoro Roosevelt, Clemenceau, Wells y Galsworthy.

Por aquellos años me fué dado el honor de disfrutar de la hospitalidad de Hull House. Llegue a la institución en las primeras horas de la noche, cuando ya los "residentes", se hallaban sentados a la mesa. Es esa una hora propicia para visitar una institución de esa clase en los países anglo-sajones, pues el "lunch" o la cena en ellos ofrece al visitante un contacto per-

sonal y amable con los "workers", como anticipo conveniente para interpretar las actividades que presenciara luego.

El comedor en que fui introducido era una espléndida sala, resto suntuoso del palacio que el millonario Hull había construido hacia medio siglo. Conservo el recuerdo de su magnífico artesonado y del alto zócalo de roble por cuyo borde superior corría una repisa que sostenía preciosidades construidas por aldeanos de Europa y que estaban ahí como testimonios de la simpatía que en esa casa se sentía hacia las artes y ocupaciones de los países de donde procedía el vecindario cosmopolita en que Hull House se había instalado. Acentuaba el carácter expansivo y hospitalario de la casa una inmensa chimenea en cuyo hogar se consumían varios trozos de leña del espesor de troncos de árboles.

Las cuatro o cinco docenas de comensales que llenaban el comedor se hallaban distribuidas en varias mesas, de las cuales la central, ocupada por unas veinte personas, era presidida por Miss Addams, en su calidad de "head resident".

Nada de actitudes de Gran Lama en aquella mujer pequeña y fina que inspiraba la vida de Hull House. El que a su mesa llegaba podía creerse el huésped por largo tiempo esperado. Con qué cordial interés la dueña de casa solicitaba del ocupante de su vecino asiento la cesión de ese sitio para el recién llegado. Y el espíritu con que esa acogida se dispensaba era sin duda contagioso. El sacrificio abandonaba su silla con la aquiescencia con que en las mesas adonde sois realmente bienvenidos se os cede de corazón un sitio de preferencia. Las muchachas que servían a la mesa con sus tocas y delantales blancos parecían encantadas de que les hubiérais ofrecido la oportunidad de disponer de nuevo el cubierto, de traer una servilleta planchada y de servir la sopa, que ya los demás habían despachado. (Después averiguáis que estas camareras son estudiantes de liceos o de academias de arte, y sentís un terrible temor retrospectivo de no haberlas tratado como tales).

Miss Addams era una mujer eminentemente natural en su trato. Pero la suya no era la naturalidad de las personas superiores que tienen conciencia plena de su superioridad y se sienten dispensadas de toda teatralidad o afectación, sino la naturalidad de quienes desconocen su propia grandeza, y perdiendo la conciencia de sí mismos en el

trato con los otros entienden que cada encuentro con otro ser es una aventura espiritual de la que ellos son los gananciosos.

Pudiera muy bien afirmarse que sin una facultad semejante de compenetración no hubiera podido Jane Addams presidir la vida de una institución que era el polo opuesto de toda tendencia proselitista o cerrada dentro de un dogma o doctrina. El "settlement" mira con respeto y simpatía el espectáculo humano que en torno suyo se desarrolla; se aproxima a esa humanidad perturbada por problemas sin número, con humildad y simpatía, dispuesto siempre a comprender y a ayudar.

El "settlement" es además un faro, un puerto para los que habitan el barrio en que está enclavado. Las gentes han de mirarlo como un dispensario de ideas y de acción, al que acuden descontentando una comprensión inmediata, un interés activo y el despliegue de un poder incontrastable y siempre listo para actuar en favor del necesitado.

Por el "settlement" desfilan todas las miserias, todos los dolores, todos los proyectos malogrados, todas las utopías y también todas las necesidades — aun las más elementales — de un barrio proletario que anda a golpes contra los hierros de las máquinas y de las almas. Todo esto reclama una capacidad infinita de comprensión y de simpatía. Pero la justicia exige que esas multitudes reciban todavía más de lo que piden. Hay que realizar los sueños no soñados, los triunfos no previstos; ofrecer las oportunidades no adivinadas. Jane Addams tenía una facultad maravillosa para descubrir posibilidades latentes; y muchísimos han de ser los jóvenes que, ya poseedores de fama o fortuna, llorarán la memoria de la que descubriera sus talentos.

Al escuchar a Miss Addams, el primer sentimiento que nace en el ánimo era de admiración ante la fortaleza moral de aquella débil mujer, por su ferviente y sincera devoción al deber y la decisión con que se inmolaba en beneficio de los otros en aquel sucio barrio de una ciudad populosa. Pero lo que acaso admiraba más en ella era comprobar que en aquel espíritu se unían dos actitudes generalmente inconciliables: la del que se da en obediencia a los impulsos de la simpatía, y la del que contempla los problemas humanos con los ojos del filósofo.

Los más inmediatos entre los con ensales de aquella noche fueron aportando elementos con los que el visitante que los escuchaba pudo ir reconstruyendo la vida diaria del "settlement" y las

actividades públicas a que, parejamente, su fundadora se sentía arrastrada; pues que en esa vida densa y repleta de casos humanos que tocaban por todos los costados los problemas del industrialismo más exacerbadísimo, el mero episodio se convertía bien pronto en gestión pública, en editor. El inflamado le alguno de los grandes diarios que daban resonancia a las voces de Hull House; en reuniones populares, en oratoria callejera candente; en la formación de comités y asociaciones pro algo...; movimientos todos que encontraban en Jane Addams un animador inteligente, un consejero ilustrado y tranquilo, sin que su gran pasión por el bien público la hiciera caer en los excesos histéricos de una "sufragette".

En esa acción pública — que más tarde habría de trascender los límites de su país al presidir en Europa el Congreso Internacional de Mujeres y que habría de llevarla hasta el premio Nobel, obtenido en 1931 — Miss Addams mostró esa cualidad tan preciosa en actividades como la suya: su afán de conciliación. Nada había en ese afán, de chato deseo de paz a toda costa, sino el propósito de comprender todos los puntos de vista en medio de los antagonismos más enredados; comprensión que le permitía torcer diestramente el curso de los debates y elevar la dirección de los mismos.

Pero el lector quiere también conocer algo de la vida de esa institución tan diferente de todo lo que nosotros poseemos. Es fácil averiguarlo en los momentos a que se refiere mi relato, pues en aquel comedor bullicioso estaban congregados todos los colaboradores a quienes se había confiado la marcha de la casa. Gracias a la amabilidad de la anfitriona, los asientos próximos al mío iban siendo ocupados por hombres y mujeres a quienes Miss Addams pedía me informaran brevemente de las actividades que se hallaban a su cargo respectivo, mientras ella comentaba las referencias que se me daban, con cordialidad y buen humor.

Cincuenta eran por aquel tiempo esas personas (número que ha crecido desde entonces a 230) y contábanse entre ellas representantes de todas las razas y creencias. Había allí "leaders" de clubs de las diversas nacionalidades que componen la inmigración y versados a la vez en la literatura, el arte y el folklore de sus respectivos países; maestros de artes manuales que dirigían los distintos talleres de Hull House, a donde, sobre todo por las noches, acudía una muchachada numerosa compuesta de mensajeros,

vendedores de diarios, obreros y empleados menores de comercio; profesores y profesoras de natación y de gimnasia y guías en el deporte sano y caballeresco; directores de orquesta, profesores de música, peritos en excursiones y campamentos; directores de escena para el teatro de aficionados, y "kindergartens" que acogían por la mañana y por la tarde hordas de pequeños que en sus modestas viviendas quedaban sin vigilancia cuando sus madres acudían al trabajo.

A medida que desfilaban estos eficaces colaboradores de Hull House, iban dejando en mí espíritu algo del entusiasmo que a todos animaba. — "¿Se da usted cuenta — me decía una joven italiana — de la deliciosa tarea que me ha tocado en América, de enseñar música a los niños de este barrio de Chicago (ponen a mi cargo los hijos de italianos) entre los cuales no hay semana en que no descubra un talento? ¡Y qué satisfacción, señor, al saber de antemano que mediante la influencia todopoderosa de Miss Addams nuestros pequeños genios encontrarán inmediatamente la orquesta o el teatro que los reciba!"

Por sobre los hombros de mi interlocutora, otros rostros sonrientes asentían.

Confieso que al recibir las referencias variadas, pero entusiastas todas, de estos trabajadores sociales, fué mermando "in pectore" la valorización que yo había hecho del sacrificio que la vida de Miss Addams significaba. Antes que tal cosa, habría de ser un placer inmenso trabajar por el bien de los demás en una institución organizada para ello y contando con el auxilio técnico de cincuenta colaboradores y la simpatía y cooperación latentes de toda la Nación.

Pero dura poco tiempo esta impresión trivial. En breve la reemplaza una admiración conmovida por el heroísmo que comporta el mantener un contacto permanente con todas las formas del dolor a fin de buscarle remedio. Ensaye el lector el hacerlo con un solo caso, y a poco tendrá tarea para todas las horas y habrá agotado todas sus influencias. Y después de todo, cada individuo socorrido es expresión de un problema vasto e insondable. Cada niño rescatado a la crueldad; cada adolescente sustraído a una vida de incompreensión, cada mujer librada del tráfico infame, cada viuda amparada, cada queja escuchada, cada injusticia reparada, cada muchacho convertido a las delicias de la pileta, cada pequeño vendedor ambulante reconciliado con la vida social mediante el club de niños o los juegos del gimnasio; cada organismo débil

arrebatado a la gran plaga; cada inmigrante recién llegado incorporado a la sociedad de los suyos; cada lector asiduo bajo cuyo brazo la biblioteca ambulante de Hull House ponía una pila de libros; cada madre cuyo hijo la Hull House salvaba de los efectos de su propia ignorancia; cada alegre "Christmas Dinner" que congregaba centenares de modestos vecinos en largas mesas donde se alineaban docenas de pavos asados; cada "picnic" en Calumet Lake o en South Park; cada fin de semana en el Bowen Country Club, cada muleta cada pierna artificial, cada par de anteojos obsequiado al que los necesitara, cada taza de café caliente servida a un desocupado; cada atención médica proporcionada; cada humilde "dime" ingresado en la caja de ahorros, cada alegre fiesta organizada por las Bohemian Girls, el Ukelele Club o los Boy Scouts, no hacían sino abrir un nuevo boquete en la sombra profunda de la necesidad humana, haciendo más evidente la impotencia para sondearla hasta su fondo.

Retíreme del entonces modesto "settlement" — pero que habría de crecer con el tiempo hasta las ingentes proporciones que hoy tiene, con sus trece edificios de varios pisos distribuidos en el espacio de una manzana — extrañamente solicitado por sentimientos opuestos, ¿eran de pesimismo? ¿eran de optimismo? Aquellos seres excepcionales cuya labor había presenciado después de la cena, aparecíanse como si formaran una cuadrilla de forzados que al pie de un ventisquero estuvieran removiendo perpetuamente las piedras que la presión inexorable de las nieves amontona.

Salí a la calle, adivinando un problema tras cada ventana, un dolor tras cada rostro. En la iluminada Hull House quedaba Miss Addams, afrontando su perpetua lucha contra el terrible Proteo del mal, identificada en cada instante con la necesidad de tres mil seres humanos que semanalmente transponían sus umbrales. Y allí quedó veinte años más. Y allí murió, hace por estos meses un año, habiendo practicado por todo ese tiempo, sin desmayos, un vasto salvamento social. Le debemos el heroísmo de no haber desfallecido, y le debemos también el haber contribuido a crear una conciencia cívica en las masas y ofrecido a las clases cultas, en los centenares de "settlements" que hoy existen en los Estados Unidos, una forma efectiva de compartir la experiencia social, esto es, de promover la comprensión y ampliar el programa a una educación democrática.

Con los teorizantes de copete

Por JUAN DEL CAMINO

— Colaboración.—Costa Rica y setiembre del 36—

México no ha querido teorizar y ha enviado a los defensores de la España republicana y democrática armas y municiones para abastecer a un ejército considerable. Apenas se amotinaron los militares, la nación de la América nuestra que no duerme porque su destino es vigilar, cargó barco de hondo calado y le dió rumbo a España. El cargamento bélico está ya sirviendo al Gobierno para combatir a los del motín. Y México no ha teorizado y ha dado una gran lección a estos pueblos. Porque en torno a la tragedia sangrienta de España teorizan Gobiernos y hombres. Los primeros evaden así responsabilidades y bailan en la cuerda floja. Los otros exhiben la profunda vaciedad de sus cerebros y de sus corazones. México no baila en la cuerda floja. Sabe que lo que allá se está resolviendo en medio de torrentes de sangre no puede serle indiferente. El mal que padezcan las instituciones que hacen siquiera pasable la vida a las inmensas poblaciones explotadas, fatalmente repercutirá sobre nuestros países. Entonces México se pone del lado del combatiente español que está con la República. No vacila. Lo hace con valor y varonilidad.

Y si México no teoriza tampoco pueden hacerlo aquellos que sirven a México o al menos pretenden servirlo. Es indigno que si se acepta puesto de un Gobierno que dice: "Aquí está mi solidaridad con el Gobierno de España y como quiero servirlo, aquí están también mis armas y mis municiones", haya luego deslealtad condenando al Gobierno de España. Los teorizantes son plaga. Y en la actual lucha de la democracia contra el fascismo esos teorizantes de copete salen a los periódicos de nuestros corrales a condenar a los defensores de las instituciones republicanas españolas. Los hemos escuchado y tienen el mismo acento de siempre, es decir, el acento con que tan pronto defienden los intereses de las grandes compañías de la piratería extranjera que los contratan para que las ayuden a coger concesiones, como el tratado por el cual van a la guerra los gobiernos de estos desgraciados pueblos. La misma palabrería. Teorizan en lo de España como si pudiera en esa tragedia inmensa seguirse otro camino que el grande y despejado que ha seguido México. Pero esos teorizantes pueden aprovecharse de México nada más que para crear nombre a su sombra. Olvidan que con armas y municiones mexicanas hay un ejército de heroicos españoles echando de sus guaridas a los traidores del motín. Una de esas guaridas es Burgos

y allí pretenden formar Gobierno para tener fuerza exterior. Y teorizan mientras México arma al español de honor y lo alienta para que saque de Burgos a los cavernícolas. Con armas y municiones mexicanos se ayudará el Gobierno de la República española para acabar con el llamado gobierno de Burgos. Y sin embargo, estos teorizantes de por acá no respetan la noble y visionaria actitud de México. No la respetan y piden con los mismos métodos con que se alquilan a las piratas organizaciones extranjeras que nos buscan para devorarnos, que los amotinados de Burgos deben ser reconocidos como Gobierno.

Y truenan para que los cavernícolas del corral los proclamen sinceros, valientes, inteligentes y humanitarios, voceros de una civilización, de un pueblo y de un ideal. Truenan contra el comunismo, que está, como todas las facciones que en España quieren que no desaparezca la Libertad, dando la vida de sus partidarios para la defensa de esa Libertad. Y ni siquiera tienen el tacto del individuo de más rudimentaria mentalidad. Porque México ha visto el problema en su conjunto y estos teorizantes se apegan al detalle. El comunismo que en Es-

paña ayuda al Gobierno a defender la libertad no asusta a México que sólo vislumbra el conjunto. Pero estos teorizantes si empequeñecen la lucha, o tratan de empequeñecerla para satisfacer sus personales odios y miserias.

Insistimos en la posición de México en la tragedia de España, porque México está dando a esta América nuestra un rumbo visionario. Y si estamos con México, no podemos estar contra España republicana y democrática. Si admiramos a México, es por resuelto, por certero en sus pasos hacia un porvenir de grandes prosperidades a costa de grandes luchas sociales. Esta es la buena actitud. Pero si lucramos con México entonces nos ata a México la obligación de ese lucro. Es por lo mismo deslealtad definirse en un campo totalmente opuesto al mexicano. Los teorizantes de estos lados lo que hacen es condenar al Gobierno de la República española y pedir en nombre de desgraciados códigos el reconocimiento del gobierno de los amotinados. Y pretenden ser leales a México.

No. Y queremos que se nos responda por quienes se crean autorizados para hablar en nombre

de México, si las armas y municiones que salieron de puerto mexicano para puerto español, lo fueron como simple muestra de cortesía, o si por el contrario, tienen el destino de sellar firmemente una solidaridad clara y honrada. Porque si ese destino tienen y así lo juzgan los pueblos de la América nuestra que con independencia de sus gobiernos están con la República española, no es natural que los teorizantes se separen a gritar su odio contra el Gobierno español. Los campos están definidos y el de México es el de la causa del Gobierno de Madrid que es el Gobierno de España. Lo de Burgos es transitorio y durará lo que duren los amotinados sin ser barridos y exterminados para siempre de España. Barridos fieramente y con la ayuda de las armas y municiones que México ha dado como aporte inmenso a la Libertad del mundo que en estos momentos se defiende en España.

Contesten los voceros de México para que los lucradores si no pierden su lucro al menos tengan freno. Porque no es empresa de compañías extranjeras la lucha de España. No puede el teorizante argumentar en la misma forma en que lo hace cuando contratan sus servicios. Los cavernícolas por impotencia podrán llamarlo desde inteligente hasta defensor de una civilización, pero en eso no hay más que palabrería. Mentira que son capaces de defender otra cosa que no sean sus propios intereses. Defienden al que paga y nada más. Y España republicana no está pagando porque la defiendan de las atrocidades de los cavernícolas. Estos si pagarán elogios y crímenes, pues sus móviles están asentados en pudrición honda. Se les oye condenar al comunismo en dondequiera que esté. Y como está en España de parte de la República democrática, condenan la República. Mas nada saben esos teorizantes de luchas en un campo de tanta tragedia. Es muy distinto tragarse a un país echándole por tierra sus legislaciones previsorias cuando una compañía pirata necesita sacar la concesión que pugna con esas legislaciones. Para triunfo semejante sólo necesita el teorizante habilidades y dinero en las cajas de la piratería extranjera. Pero para hacer lo mismo con un pueblo que se bate heroicamente por la Libertad, son necesarias dotes que el teorizante no tiene. De aquí que los desahogos del teorizante, llamados por el cavernícola prodigios de inteligencia y de visión, no pasen de pura charlatanería.

Sin embargo, la causa de la República democrática española



Madera de Laporte

Se oyen opiniones en el corral

necesita que quienes la condenan en nombre del odio al comunismo, que en el fondo no es sino la más absoluta ignorancia de lo que en España sucede, digan si están al servicio de alguna nación que ha proclamado su adhesión espontánea y resuelta a la causa de España. Deben decirlo, porque no caben los fariseísmos. Si una nación como México está con España no puede nadie servir a México atacando la causa de España.

Y como México tiene organizado el servicio diplomático, a los diplomáticos de estas naciones debemos preguntar si los que sirven a México están con España republicana o contra España. Debemos preguntarles si México tolera que se ataque a España porque el comunismo de España esté luchando a favor de la Libertad que defiende el Gobierno. Debemos preguntarles si México tolera que se pida en la prensa del

corral nacional el reconocimiento del llamado gobierno de Burgos, que es la representación del satanismo que quiere acabar con España. Es deber de los diplomáticos mexicanos contestar y vigilar porque la solidaridad con que México selló su alianza con España republicana enviándole municiones y armas no sea menoscabada por los que para lucrar sirven a México. Hacemos un llamamiento a todos los que en América

pongan alma y fe en la causa de España republicana y democrática para que extiendan la lección dada por México y traten de impedir que sea burlada por los teorizantes que curtidados en la defensa mediocre de las organizaciones extranjeras que nos caen para esclavizarnos arrancándonos concesiones, quieran aplicar los mismos métodos en contra de España. Y como aquí tenemos representante de México, a él está planteada la pregunta.

Declaración de simpatía a España de científicos e intelectuales ingleses

= Publicada en *El Socialista* del 25-VIII-36. — Envío del Servicio Español de Información (Duque de Medinaceli, 6. Madrid) =

Hasta no hace mucho ha sido casi universalmente aceptado que la más noble contribución de los ingleses a la civilización europea era nuestra teoría y, aun más, nuestra práctica de la libertad política y de la democracia parlamentaria. Durante siglos nos hemos sentido orgullosos del hecho de ser un pueblo eminentemente libre y de las instituciones inglesas que han establecido nuestra libertad enfrente de todo intento de poner en lugar suyo cualquier forma de gobierno irresponsable, militarista o autocrático. Más de trescientos años de nuestra historia nos ha costado fijar y consolidar esta libertad característicamente inglesa, y unas y otras veces hemos tenido que defenderla contra nuestros propios reyes, aristocracia, jefes del ejército y también contra monarcas, dictadores y conquistadores españoles, franceses o alemanes.

Hoy, en cambio, se ha repudiado en la mayoría de las naciones europeas nuestro ideal de la libertad individual y las instituciones de la política. Actualmente, en España, un Gobierno constitucional, elegido por el pueblo, es atacado por una junta de generales, que, con la ayuda de tropas moras, han declarado su intención de destruir la democracia parlamentaria en dicho país y de sustituirla por un Gobierno autoritario y militar de tipo fascista. El Gobierno a quien se combate es un Gobierno liberal y democrático, y no forman parte de él socialistas ni comunistas. Y si durante tantas semanas ha sido capaz de resistir este golpe de Estado militar y la invasión del país por un ejército africano, se debe al hecho de que tiene tras de sí la gran mayoría del pueblo español, de todas las opiniones políticas.

En cualquier período de los últimos ciento cincuenta años de nuestra historia, las simpatías de, prácticamente, todas las clases de Inglaterra y las de nuestro Gobierno hubieran estado con el pueblo español, y con su Gobierno, en la lucha que sostiene la democracia contra el despotismo militar y la libertad contra el fascismo.

Por ello nos preocupa el apreciar en algunos sectores, incluso de la prensa, el ensayo persistente para desvirtuar y desfigurar el carácter de la lucha con el argumento de que el Gobierno es bolchevista o comunista. El Gobierno español, debemos repetirlo, es democrático, elegido por el pueblo y, como lo es el nuestro, responsable ante el pueblo; lucha contra el despotismo militar y contra el fascismo; combate por la libertad y por aquello que en nuestro país se ha considerado,

durante más de un siglo, como el mínimo estricto de la civilización política.

Los firmantes de esta carta pertenecientes a diferentes partidos políticos, o no figuramos en ninguno; pero coincidimos en mantener viva nuestra fe en los ideales británicos de la libertad política y de la democracia, y, en consecuencia, deseamos expresar públicamente tanto nuestra simpatía por el Gobierno español y con el pueblo español como nuestra esperanza de que el Gobierno inglés aprovechará toda oportunidad legítima para dar muestras a aquel Gobierno de la tradicional política inglesa de comprensiva benevolencia.

H. G. Wells, Norman Angell, Gilbert Murray, J. B. S. Haldane, Carr Saunders, Lascelles Abercrombie, Deslile Burns, Hastings, W. H. Carter, J. S. Huxley, David Low, Lord Rhondda, R. H. Tawney, Ernest Barker, G. D. H. Cole, F. M. Cornford, P. M. S. Backett, C. Day Lewis, G. P. Gooch, R. H. Hodgkin, Hewlett, Johnson, F. L. Lucas, Geoffrey Mander, G. E. Moore, Henry W. Nevinnson, Shena D. Simon, R. Vaughan, Leonard Wolff, Virginia Wolff.

De Amiel como profesor habla Alberto Thibaudet en su *Vida de Amiel*, Editorial PLUTARCO, Madrid, 1931:

Amiel sólo explicó estética (*en la Academia de Ginebra*) durante dos años, encargándose de ella nuevamente, con harta suficiencia, Adolfo Pictet, y empleando como él la *Gründlichkeit* alemana. Pero en 1850 pasó, por razones de orden académico, a la cátedra principal, no cabe duda, la de filosofía. Ello marchó bastante mal. Esta cátedra habíala desempeñado Ernesto Naville, hasta la revolución, con gran éxito. Más tarde, Amiel le caracterizaba así: «La fuerza de E. N. radica en su claridad perfecta y en su arte de expositor. Su flaco consiste en simplificar sobremanera los problemas y en no presentar, realmente, ni todas las dificultades ni todas las soluciones. Como orador y hábil abogado seduce a su auditorio». Tal auditorio, seducido y encantado por este profesor a la

francesa, encontró insoportables las complicaciones de Amiel. Todo auditorio, incluso masculino, es materia femenina que exige la seducción y la conquista. Amiel no conquista. El mismo—en el aspecto profesoral se entiende—es materia femenina. Un día de 1853, en Génova, se ve claramente y dice: «Alguna realidad, pero la receptividad de cualquiera—alguna originalidad productiva, atrevida y espontánea,—pero la reproducción pasiva, la impresionabilidad ilimitada». A esta depresión escapaba Amiel como creador de una fórmula de vida interior, como dueño de una conciencia. Caía en ella de lleno como profesor. Llevaba a su enseñanza un talento clasificador, pero no creador, un don para disponer las materias, no el resuelto impulso que engendra una fuerza. El filósofo y el profesor de filosofía, en él, no se armonizaban. Posee el primero la mirada interior que ve la complejidad y la vida. El segundo proyecta la mirada de unos ojos afacetados que descomponen indefinidamente, en fastidiosa serie de piezas, un objeto. Las meditaciones del Bergeret ginebrino podían concordar genialmente con el alma del mundo, bogar poderosamente por la alta mar interior; el trabajo del profesor apenas sobrepasaba, a los ojos de los alumnos, las fichas de un *Virgilius Nauticus* filosófico. Creía, por otra parte, que «todo es incommunicable, intransmisible».

No era esta la opinión de Sócrates. Pero Sócrates conocía el amor. ¿Desconocía Amiel? No. No hubiera habido filosofía socrática—ha dicho Nietzsche—sin las bellas figuras de Atenas. Las damas y señoritas de Ginebra hicieron que la filosofía de Amiel no se encerrara en el *Diario*, que algo de ella se comunicara y transmitiera a otros seres. Su conversación era tan animada como poco vivaces sus cursos. Agradaba a las mujeres por lo que tenía de femenino; a los niños—él lo dice, al menos—por lo que encerraba de virtual y disponible como ellos. Agradábase a los jóvenes porque éstos apreciaban el fuego imperioso y comunicativo.

El fracaso de la enseñanza y el éxito del *Diario* estaban ligados. Era preciso que disminuyera la una para que el otro pudiera crecer.

«Todos los oficios de palabra—dice Amiel—son peligrosos: se proponen ilusionar a la galería y acaban ilusionando al mismo que los practica. Se parte de la sinceridad y se cae en el charlatanismo». Tal es, en efecto, la pendiente de los oficios oratorios, y el genio de la oratoria, es una plaga para la filosofía. Su inclinación y los triunfos oratorios convirtieron al puro filósofo que fué, en un principio, el joven Cousin, en un Pantalón de la comedia italiana. El autor de un *Diario íntimo* debe desentenderse de la elocuencia. Oratoria y oración concuerdan tan sólo por una antífrasis, por una fantasía etimológica.

Para uso de los intelectuales:

MAGNESIA ERBA

Representante: EUGENIO DE BENEDICTIS

Concurso literario

TEMA: J. E. Rodó y la juventud hispanoamericana de 1936

PREMIOS

- 1º Sesenta dólares, oro americano.
- 2º Treinta dólares, oro americano.
- 3º Trescientos pesos en libros publicados en Chile (moneda de ese país).

JURADOS

Joaquín García Monge, San José de Costa Rica.
 Pedro Henríquez Ureña, Buenos Aires.
 Percy A. Martin, Stanford University.
 Federico de Onís, Nueva York.
 Alfonso Reyes, Río de Janeiro.
 Arturo Torres Riosco, Berkeley, California.

MANTENEDOR:

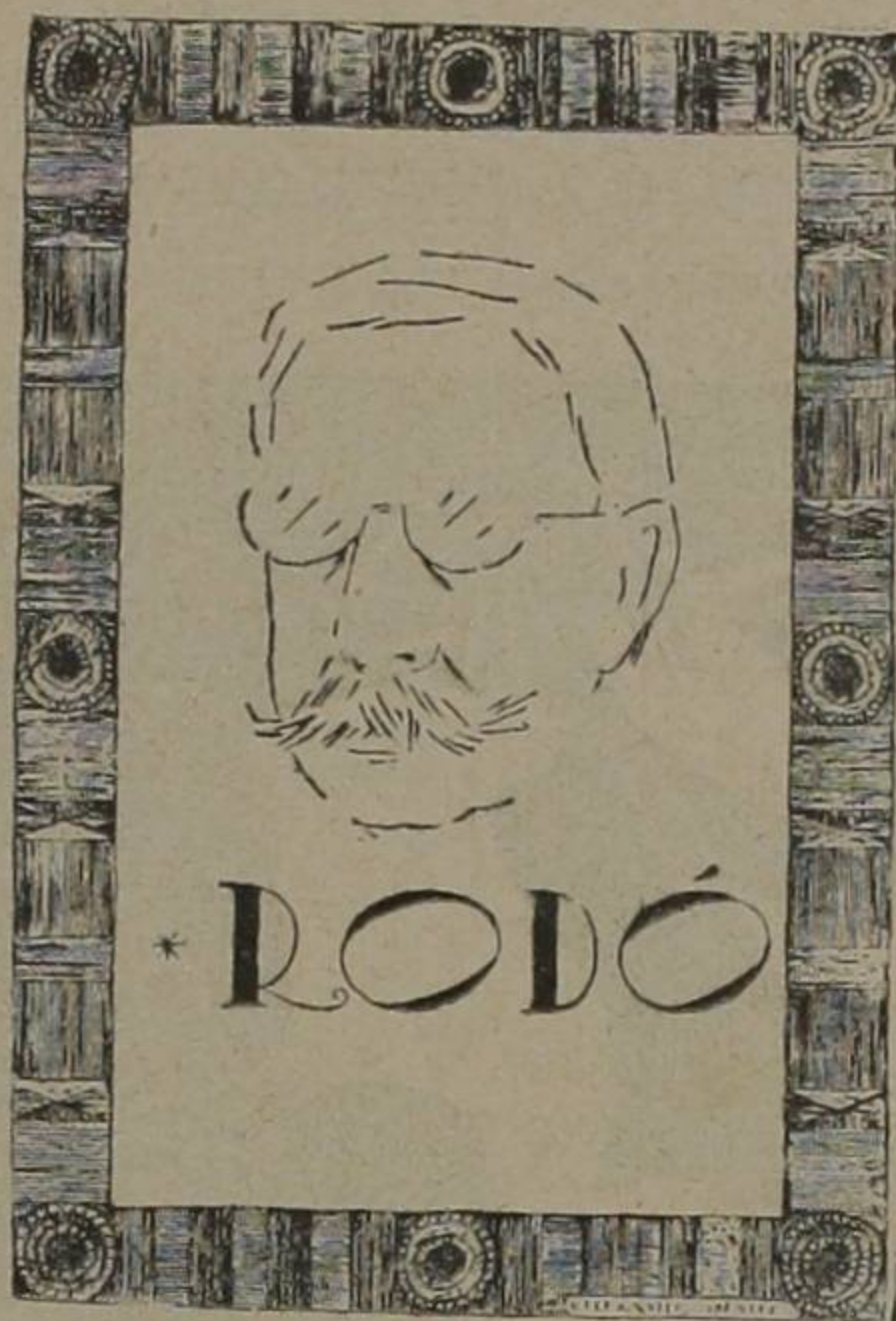
William Berrien, Berkeley, California.

CONDICIONES DEL CONCURSO:

1. El ensayo deberá ser de mil a tres mil quinientas palabras.
2. Deberá ser un ensayo sobre los siguientes puntos: ¿Sigue Rodó ejerciendo la misma influencia sobre la juventud hispanoamericana que tuvo sobre la generación anterior? ¿Siguen siendo *Ariel* y *Motivos*

de *Proteo* libros orientadores en la formación del carácter hispanoamericano?

3. Sería de desear que estuviesen los ensayos en manos del mantenedor para el 30 de diciembre de este año, pero el concurso se cerrará definitivamente el 30 de enero de 1937.



4. El ensayo premiado será publicado en las principales revistas de América.
5. Pueden ingresar en este concurso jóvenes hispanoamericanos de ambos sexos menores de treinta años.
6. Se espera que concurren a este concurso no sólo los admiradores del escritor uruguayo, sino también aquellos que representan un punto de vista opuesto a su ideología. El mantenedor leerá personalmente todos los trabajos sometidos y después presentará al jurado los ocho ensayos que estime mejores, juzgados con criterio absolutamente imparcial. Los premios graduados se anunciarán en cuanto el jurado haya indicado su parecer.
7. Los trabajos deberán llevar la firma y la dirección del concurrente y ser enviados directamente al mantenedor:

William Berrien,

Department of Spanish and Portuguese,
 University of California
 Berkeley, California, EE. UU. de N. A.

NOTA.—No se trata de un estudio biográfico sobre Rodó ni de una exégesis de su obra, sino de un estudio sobre las relaciones de esta obra con la juventud hispanoamericana de hoy en día.

Del testimonio de Agustín Alvarez, en *South America*, edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires. 1915:

...Polibio, que escribía doscientos años antes de J. C., no trepida en afirmar, según Boissier, que la religión romana ha sido inventada por políticos hábiles y los felicita sinceramente por haber encontrado un medio tan excelente de dominar a los hombres. "Si fuera posible, dice, que un estado sólo se compusiera de sabios, semejante institución sería inútil; pero como la multitud es naturalmente inconciente, llena de arranques desenfrenados y de cóleras locas, ha sido necesario apelar a los terrores de lo desconocido y a todo ese aparato de ficciones aterradoras para dominarla".

...De aquí que la expresión más exacta de la razón experimental (1) esté contenida en esta máxima cristiana: *Haz a los otros lo que quieras que te hagan*. En esto consiste toda la civilización, en considerar no sólo el bien propio, sino además el bien ajeno; no en hacer lo mejor, proteste quien proteste, sino en hacer lo posible, tomando en cuenta las necesidades ajenas; no en gobernarse exclusivamente por su propia constitución interna, vulgo razón, sino en considerar también las *razones* de los demás; no en salvar la patria con el destierro vitalicio de la mitad de los compatriotas, sino en hacer llevadera la vida a unos y otros.

Por consiguiente, cuanto más al natural esté el espíritu de un sujeto en orden al asunto que deba resolver la razón, tanto más aproximada a su interés exclusivo resultará la solución o sentencia, y tan es así en la práctica, que entre los hombres más al natural, velay los antropófagos, en cuanto uno se descuida, se lo comen vivo o asado.

—¿Qué habéis hecho durante el Terror?
 le preguntaban a Siéyes.
 —He vivido, contestaba.

Y en efecto, era mucho hacer en una épo-

ca en que la razón natural (2) andaba suelta y sin bozal.

"He aquí por qué, dice Taine, instituyó Napoleón I la Legión de Honor". "Se llama a esto chupaderas de bebé", decía; "pero es con esas chucheries que se lleva y se trae a los hombres".

"Los franceses no tienen más que un sentimiento: *el honor*; es necesario, pues, darles el alimento correspondiente: las distinciones. A pocos les basta su mérito; los hombres ordinarios no se contentan con la aprobación tácita, porque es demasiado intermitente, reservada y muda, y ellos necesitan la fama brillante y estrepitosa, fama con cascabeles, pues quieren oír sonar la fanfarria continua de la admiración y del respeto en su presencia y alrededor de su persona, en su ausencia y alrededor de su nombre. Pero ni aun esto les basta; no quieren que su mérito quede en el espíritu de los hombres en el estado vago de grandeza indeterminada, sino que se avalue, se cotice y se consigne en el escalafón".

...pues la regla general en los países como en las personas que todavía andan en cuatro patas, vamos, en pañales, es que los males se conozcan cuando ya no tengan cura o poco les falte.

Nadie confiará un pleito a un gran médico, ni un catarro a un gran jurisconsulto. La única cosa que hace excepción y que se confía a cualquier hombre que no sirva para ella, con tal que sirva para otras cosas, son los destinos de cualquier país sudamericano, porque se ha convenido en que las únicas cosas que sirven para gobernar bien son el patriotismo y los principios, aunque los puedan tener, y con exceso, hasta los que no sirvan para nada.

"Si queréis saber lo que es bueno y verdadero", dice Carlyle, "consultad a dos millones de imbéciles". O sea: si queréis saber lo que es bueno en economía po-

litica, en moral, en estética, en política, consultad a dos millones de sabios en ganadería, agricultura, medicina, albanilería, etc.

Ya está a la venta en la
 Librería de Trejos Hnos.
 el último libro de

R. BRENES-MESEN:

CRITICA AMERICANA

CONTENIDO DE LA OBRA:

El ejército de la Iliada. (Leopoldo Lugones).
 José Martí, poeta.
 Alsino. (Pedro Padro).
 Gabriela Mistral.
 A propósito del ensayo *Bolívar*, de Cornelio Hispano.
 Vestíbulo. (Julio Herrera y Reissig).
 Letras de América. (Jaime Torres Bodet).
 El Pueblo del Sol. (Augusto Aguirre Morales).
 Alberto Guillén.
 Palabras socráticas. (Arturo Cancela).
 El ánfora sedienta. (Rafael Heliodoro Valle).
 Los dioses vuelven. (Juana de Ibarbouro).
 Enrique Federico Amiel. (Roberto F. Giusti).
 Fragmento de Roncesvalles.
 Erudición y arte literario.

Solicítelo también al Administrador del *Repertorio Americano*. Correos: Letra X. San José de Costa Rica.

Precio del ejemplar:

En el exterior, \$ 1.00 U. S. A.
 En Costa Rica, ₡ 3.00.

(1) La razón educada.

(2) La razón instintiva.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
FUSCACIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTÍ.

Exterior:
El semestre, \$3.50
El año, \$6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York.

Vivir y pintar a sangre fría es peor que matar a sangre fría, sobre todo en una época vitalista contraria a toda manifestación de irresponsabilidad e inercia. Siendo la actualidad de conflictos que reclaman soluciones urgentes, no tiene interés aislarse como un moño medioeval en el misterio de las minucias técnicas, desvelarse por tonos y medios tonos, ni perderse en la escala cromática que nos lleva a alturas alpinas de bizantinismo.

Tampoco se trata de negar el arte, que sería propio de ateos, ni pintar sólo muertos de hambre en forma de sistematización socializante.

Pero esa actitud de Nerón que incendia a Roma y acompañado del laúd entona lúbricos cantos al desastre, es intolerable. Y a "Roma" se la incendia hoy con negarse a luchar, con hacerse el tonto, con irse deslizándose en rítmico ondular de reptil por entre los agujeritos del angustioso problema colectivo. Ya se ha dicho mucho —el disimulo acusa complicidad—.

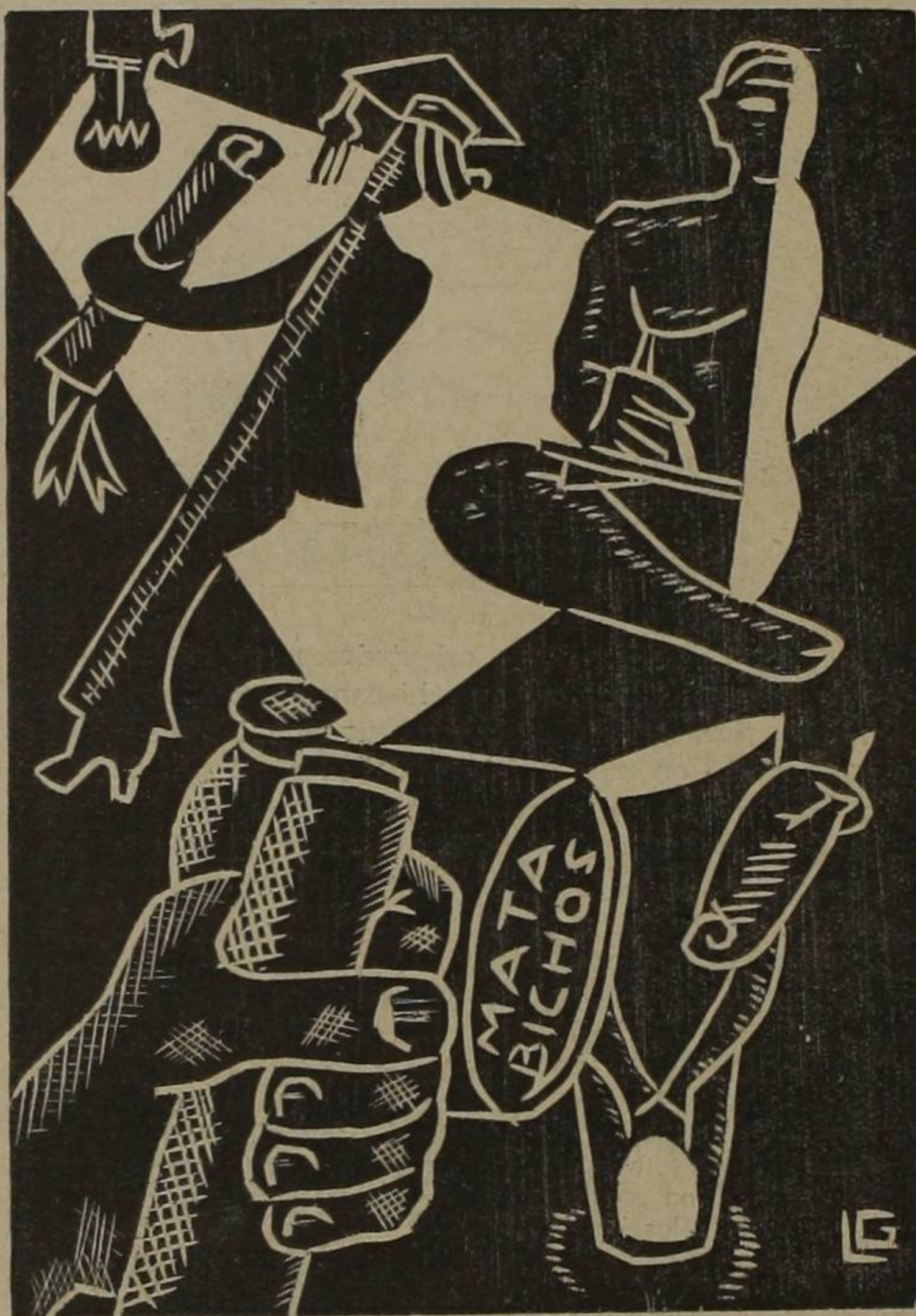
Es una cuestión de cultura integral, de actitud, de conducta. La jesuitería artística es para los espíritus fuertes hoy, lo que la clérigalla para aquellos hombres atentos y sagaces del siglo XVIII, esto dicho sea sin dejar de citar a Goya como el caso del pintor que hizo de la técnica un eficaz medio didáctico. Lo que pasa es que el tartufo ya no nos llega como entonces, con el devocionario, ni las cruces y escapularios cubriendo vicios y ruindades, sino que con liras, paletas y caramillos construye la máscara amable en que se prenden los incautos. Y ese nuevo personaje —tipo de egoísta profundo— crea una especie de feudo o dominio cultural en que no medra un señorón, pero sí un señorito desvinculado de toda preocupación que no sea la propia, un individuo asocial en quien la cultura se estratifica. No habrá en tales dominios acogida para quien haya tenido la osadía de creer que desvía atenciones para hacerlas perderse sin provecho, el lápiz que se durmió en la estéril preocupación del preciosismo y en el menudo empeño de la finura técnica: que entierren los muertos a sus muertos, pero no sin que se nos permita afirmar con Piscator que "un arte vivo y trascendental tan sólo puede nacer de una ideología verdaderamente de avanzada".

Por esto el nuevo artista debe de tener la seguridad —y sustentarla con valor— de que no ha-

Hacia un arte vital

Por G. LAPORTE SOTO

= Envío del autor. San José, C. R., agosto del 36 =



Guerra a los medio-letrados

Madera de Laporte

brá nada que no se le ponga en contra, y muy especialmente estos dómines y pontífices de la modalidad estética pasadista. Encarna por tanto el caso de un nuevo Robinson, sólo y con "todo por hacer" que habrá de empezar por crear sus propios temas, por buscar símbolos y alegorías para sus realidades subjetivas y cargar luego con la responsabilidad de sus propias concepciones. Contra el Gigante de pies de barro de la cultura desvitalizada—ironía destructora y sugerente, de trazo sencillo, que agite absurdos y denuncie falsedades—. Recuérdese que un reportaje de G. Bernard Shaw va más a su objetivo

que los discursos de Mc Donald.

Es trabajo de conciencia, es obra de honor lo que se pide. De ahí que nuestra mayor confianza esté del lado de quienes cuidan su conducta, porque la sinceridad es un elemento orgánico vivo, y severos consigo mismos se definen en actitud de crítica o de lucha. Respetar derechos, tratar de regenerar los valores humanistas que la hipocresía y la mentira tienen en descrédito, desenmascarar esa mentira es el imperativo neo-romántico que nos corresponde vivir a cada uno en su sector o radio de acción.

En tanto este humilde instrumento que es el lápiz, puesto só-

Este ejemplo lo cita Pfister en su excelente libro *El psicoanálisis y la educación*. Publicaciones de la *Revista de Pedagogía*. Madrid. 1932.

Todos vosotros sabéis lo que Schiller debía a la regresión a un estado obsesivo infantil; en la mayoría de sus dramas combatía al tirano, y se hizo así el defensor de la libertad.

lo a la orden de la destreza o el oficio, dócil servidor del automatismo que no se inspira en una observación original y renovada de las cosas, desvinculado del concurso de las capas superiores de la inteligencia, conduce únicamente al logro de aquella "desvergonzada habilidad" que Piazzani analiza con tanto acierto y que es la que celebra hasta el delirio —como en los circos— el entusiasmo de los imbéciles. El oficio, en virtud del cual se ha ido formando de las cosas en la memoria un cliché que utiliza más o menos el mismo asunto trivial con ligeras variantes: paisaje, bodegón, personas, van dándole relieves de gran cosa a un personaje vulgar, de reacciones primarias, o a un cualquier impulsivo astuto. El virtuosismo, la facilidad de ejecución dice aquel autor "que se origina en la costumbre, excluye la genialidad y la novedad de las observaciones". Es la habilidad lo que triunfa en un medio ignorante, así como vencen los deshonestos a los honrados y los astutos a los fuertes.

En esto como en todo, el orden de las cosas es hostil y se invierte. Pero insistimos en que también podemos hacer del lápiz un poderoso factor de agitación, una palanca de la época o un elemento tenaz y zumbón que exalte o condene de acuerdo con un criterio de justicia y con ideales emancipadores.

Otra posición que no sea esa nos parece extravagante, aunque hacer tal afirmación lo crean muy ridículo esos señoritos de las posturas geniales. Esto es exponerse a que lo miren a uno como a un plebeyo incapaz de soñar con las jerarquías que concede lo que ellos llaman "arte". Es exponerse a soportar esas miradas de petulancia y desprecio con que las niñas "bien", en sus ventanitas acojinadas, miran al pobre empleado municipal que barre las calles fatigosamente, mientras ellas se pintan las uñas. Para quien los analiza en su chatura y en sus cortas dimensiones, el silencio obcecado de una parnasiana aristocracia; pero allá en los corrillos y alrededor de los fogones, pasionales comentarios mujeriegos—dictorios antojadizos— contra quien se atrevió a creer que la obra artística ha de contener fermentos, —no ser ácima—, generar vida y nutrirse de vida. Están bien los elementos endocrinos y biliares si es pragmática que desnuda al que explota y al que miente.